
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
¡COMIDA!
CLARK CARRADOS

«Era una cosa sin forma, que despedía un olor fétido, insoportable. Tiempo atrás, el agente Ealon había visto una película de divulgación científica. Aquella cosa le pareció una célula gigantesca, como la que había contemplado en la película, un colosal fagocito, devorando una bacteria dañina para el cuerpo humano.

Varios brazos más salieron disparados de la plataforma y envolvieron al guardia Ealon. Los gritos del desdichado fueron acallados cuando uno de aquellos carnosos tentáculos rodeó su cabeza por completo».



Clark Carrados

¡Comida!

Bolsilibros: Selección Terror - 124

ePub r1.0

xico_weno 27.08.16

Título original: *¡Comida!*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El coche rodaba velozmente por la autopista, conducido por un sujeto de rostro chupado, nariz picuda y ojos semejantes a bolitas de metal oscuro. Vestía enteramente de negro, incluidas las manos, cubiertas por guantes de piel de dicho color y parecía hallarse muy preocupado por algún grave motivo. El vehículo que conducía era una furgoneta de tipo rural, algo más larga que lo ordinario, de la que hubiera podido decirse parecía una carroza fúnebre, aunque sin los adornos propios de un vehículo destinado al transporte de féretros.

La furgoneta, acristalada en parte desde el asiento del conductor, parecía vacía, sin carga. No obstante, había una plataforma que cubría toda la parte trasera, dejando un hueco hasta el techo que era algo menos de la mitad de la altura total del vehículo.

La plataforma era de madera bien pulida y muy oscura. Sobre ella se habrían podido acomodar buen número de maletas y otros bultos de equipaje, pero no había nada.

De pronto, se oyó una voz en el interior del vehículo:

—Tengo hambre.

—¿Decía, señor…? —habló el chófer de aspecto fúnebre.

—He dicho que tengo hambre. Janos, maldita sea, ¿cuándo vamos a llegar a ese maldito pueblo?

—Aún faltan más de trescientos kilómetros, señor. Unas tres horas, poco más o menos. Ruego al señor un poco de paciencia…

—Noto la presencia de comida en las inmediaciones.

¿Por qué no te paras un poco a ver si atrapo una buena presa?

—Oh, señor, aquí resultaría tan imprudente…

—En ese caso, date prisa, ¡date prisa! ¡Tengo hambre!

El pie derecho del conductor hundió a fondo el pedal de gas. La

velocidad de la furgoneta aumentó considerablemente. Pero ello, pocos minutos después, llamó lógicamente la atención de un motorista de carretera.

La sirena de la motocicleta aulló un segundo más tarde, cuando el agente se lanzó en persecución de aquel vehículo cuyo conductor, estimó, debía de creerse se hallaba en la pista de carreras de Indianápolis. Lenta, pero gradualmente, el motorista fue ganando terreno, mientras su sirena aullaba de modo incesante.

—Janos, ¿qué diablos es eso?

—La policía, señor. Usted me daba prisa, yo he acelerado demasiado… y he rebasado los límites de velocidad.

—¡No importa, no importa! ¡Adelante, adelante!

—Lo siento, señor. El agente está a mi altura y me hace señales de que pare. Dispense el señor, pero debo obedecer al representante de la ley.

El vehículo perdió velocidad y se arrimó a la derecha de la carretera, en las proximidades de una pendiente, cuya cima se recortaba contra el cielo. Instantes después, el conductor quitaba el contacto.

El motorista paró también su vehículo y se acercó a la furgoneta, con el talonario de denuncias en la mano.

—Buenas tardes, señor —saludó cortésmente—. No quisiera herir sus sentimientos, pero me parece que ha rebasado el límite de velocidad.

—Lo siento, guardia —contestó el chófer—. Iba un tanto distraído y no me di cuenta… Pagaré la multa, por supuesto.

—Me temo que la sanción será algo más que una simple multa. Le entregaré una citación para que comparezca ante el juez Thompkins. Él será quien diga la última palabra en este asunto, ¿comprende?

El chófer hizo un gesto de resignación. Aguardó, paciente, mientras el agente de tráfico rellenaba los datos necesarios en la hoja de su talonario de denuncias.

Enfrascado en su tarea, el motorista no se dio cuenta de que la plataforma de carga de la furgoneta se había abierto en dos mitades longitudinales. Algo salió a través de la abertura, moviéndose con insidiosa lentitud.

El agente Denis Ealon sintió de pronto que algo le tocaba en el

hombro. Volvió la cabeza instintivamente, contempló el ser más horrible y repulsivo que hubiera sido capaz de imaginarse.

Era una cosa sin forma, que despedía un olor fétido, insoportable. Tiempo atrás, el agente Ealon había visto una película de divulgación científica. Aquella cosa le pareció una célula gigantesca, como la que había contemplado en la película, un colosal fagocito, devorando una bacteria dañina para el cuerpo humano.

Varios brazos más salieron disparados de la plataforma y envolvieron al guardia Ealon. Los gritos del desdichado fueron acallados cuando uno de aquellos carnosos tentáculos rodeó su cabeza por completo.

El conductor permanecía impasible en su puesto. En aquellos momentos, por casualidad, no pasaba nadie por la carretera.

Sonó una voz de ultratumba:

—Ya tengo comida, ya tengo comida…

La cosa y su «comida» desaparecieron en el interior de furgoneta. Se oyó una orden:

—¡Arranca, Janos!

—Bien, señor —contestó el chófer—, pero si el señor me lo permite le haré una observación.

—Por supuesto. Adelante, Janos.

—Ruego al señor recuerde que estamos en los Estados Unidos. Por tanto, convendría me llamase John.

—Está bien, John, criado fiel y devoto. ¡Vamos a nuestra casa!

—Sí, señor.

Dentro de la caja de la furgoneta se percibían unos extraños ruidos. Algo se movía horriblemente.

El cuerpo del agente Ealon dejó de moverse minutos después. Luego, todos los objetos metálicos pertenecientes a su equipo: botones presillas, chapa del cinturón, lápiz, pistola, etc…, fueron cayendo sucesivamente a la carretera, si bien quedaron esparcidos en una distancia de más de cien kilómetros.

Fue un misterio que intrigo muchísimo a la gente de aquella comarca, empezando, como es lógico, por las autoridades y la Jefatura de Policía de Carreteras. Apareció todo lo que, siendo de metal, había pertenecido al infeliz agente Ealon, pero el agente Ealon no volvió a ser visto jamás, ni vivo ni muerto.

* * *

Clem Lane regresó a su casa, después de una dura jornada de trabajo. Sentíase fatigado y pensaba con placer en un baño reconfortante, después de lo cual una sencilla, pero nutritiva cena, le dejarían como nuevo. Una noche de sueño reparador le haría parecer al día siguiente un hombre enteramente distinto.

—Y después, las vacaciones —dijo alegremente, mientras tiraba sobre el diván de la sala la chaqueta.

Entonces vio sobre la mesita baja una carta.

—Llegó hoy en el correo —dijo la señora Franks, apareciendo en aquel momento—. Ya tiene todo listo. Mañana por la tarde vendré a hacer un repaso del piso. ¿Cuándo vuelve de sus vacaciones, señor?

—Un mes, Mollie, un mes —exclamó Lane con expresión de júbilo—. Creo que me lo merezco, ¿no es así?

—Psé… Los jóvenes de hoy son todos unos gandules —dijo despectivamente la señora Franks—. Total, ha trabajado tres meses seguidos y ya necesita uno de vacaciones. ¿Qué diría si fuese como mi difunto Randy, que se pasó casi veinte años antes de tomarse sus primeras vacaciones?

Lane cosquilleó la doble barbilla de la señora Franks.

—Mollie, hoy son otros tiempos —dijo—. Y usted sabe que el proyecto en que he trabajado era muy importante. Me reportará fama y eso vale bastante más que el dinero del contrato.

—Así sea —dijo la mujer de la limpieza—. Bueno, a ver si por lo menos me envía una postal.

—Haré más, Mollie, le traeré un buen *souvenir*. ¿Tiene preferencia por algo en particular?

—Un limpiadientes mecánico —contestó la señora Franks con sarcasmo—. Buen viaje, señor.

—Hasta la vuelta, Mollie gruñona —rió Lane.

La puerta se cerró. Entonces, Lane tomó la carta y, antes de abrirla, leyó la dirección del remitente.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Qué le pasa a Edwina Coogan?

Hacía varios años que no sabía nada de la mencionada. En aquellos tiempos, Lane y Edwina habían sostenido un apasionado romance, pero ella, a poco, se había casado. Lane tenía vagas noticias acerca de una separación matrimonial, no sabía si temporal o definitiva, pero eso era todo cuanto hubiera podido decir acerca

de la bella y un tanto casquivana Edwina Coogan.

La cual, naturalmente, ostentaría ahora otro apellido, se dijo. Sin embargo, usaba el propio para escribirle.

Rasgó el sobre y sacó una cuartilla doblada. Edwina le había escrito algunas notas en tiempos. Reconoció su letra sin dificultad:

> «Querido: Ven pronto, te necesito. No puedo ser más explícita por carta. Cuando estés conmigo, sabrás toda la horrible verdad. Por favor, ven, ven…
>
> »Sé que ya no estás enamorado de mí, pero recuerda lo que hubo hace cuatro años entre ambos. Eres el único a quien me atrevo a recurrir. ¡Por favor, no me abandones!
>
> »Tuya afectísima,
>
> »Edwina».

Lane se quedó de una pieza después de la lectura de aquella carta. El cansancio y la fatiga desaparecieron de su cuerpo en el acto. Era una llamada dramática y, aunque ello alteraba considerablemente sus planes de vacaciones, no podía desoír la patética petición de socorro de aquella encantadora mujer, de la que un día había llegado a pensar compartiría con él su existencia.

La vida les había separado, sin embargo, pero Lane era hombre fiel a sus amistades, tanto de un sexo como del otro. Sí, iría a ver a Edwina. Era evidente que se encontraba en un grave apuro o no le habría una escrito una carta en la que la angustia brotaba de cada una de sus palabras.

Profundamente preocupado, fue al baño. Mientras relajaba sus músculos en el agua caliente, leyó la carta varias veces más, tratando de adivinar a través de su contenido la clase de apuro en que se hallaba Edwina. No se lo imaginó, por más que esforzó la mente.

En la carta, al pie, aparecía su dirección. Edwina residía en una localidad situada a ciento noventa kilómetros al sur de Denver. Era cuestión de un par de horas en coche, se dijo. No debía permitir que el cansancio demorase el viaje a Long Creek, lugar de residencia de

Edwina.

Eran las seis y media de la tarde. Después de vestirse, Lane tomó un rápido refrigerio y dejó una nota escrita para Mollie Franks, comunicándole su imprevisto cambio de planes. Quizá podría volver al día siguiente y, en todo caso, disponía de un mes de absoluta libertad.

A las siete en punto de la tarde, Lane abandonaba Denver por la autopista que conducía al Sur. Dos horas más tarde, avistó la desviación que conducía a Long Creek.

El pueblo estaba a una docena de kilómetros. Frenó al hallarse en sus inmediaciones. De pronto, oyó un distante griterío.

Parecía el clamor de una muchedumbre enfurecida. Una de las voces llegó a su oído con toda claridad:

—¡Gasolina, gasolina!

Alarmado, Lane frenó el coche. Un hombre pasó corriendo por su lado.

—Eh, amigo, ¿qué es lo que pasa? —preguntó.

El hombre se volvió un instante hacia él. Su cara estaba deformada por una cólera infinita:

—¡Vamos a quemar al monstruo de Hanlon Road! —contestó.

Lane se quedó parado. Por un instante, se preguntó si aquel supuesto monstruo tenía algo que ver con Edwina. Hanlon Road era, precisamente, la calle donde residía la joven.

Reanudó la marcha. Minutos más tarde, pudo ver a una multitud enfurecida que formaba un ancho corro en torno a algo que no podía captar desde el coche.

Paró el motor y abrió la portezuela. Muchos de los componentes de aquella colérica multitud empuñaban antorchas con las que, de cuando en cuando, atacaban a la cosa que estaba en el centro del círculo.

Lane se abrió paso a fuerza de codazos. Cuando llegó a la primera fila, divisó algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Había algo que se movía en el suelo, un montón informe de sustancia viva, de un repugnante color grisáceo, con estrías verdosas y pequeños tentáculos, una cosa levemente parecida a una colosal estrella de mar, pero con los brazos más numerosos y cortos. Aquel ser fantástico medía unos tres metros de anchura por menos

de uno de altura.

Parecía una gigantesca célula viva, pensó Lane, ajeno por completo a los furiosos improperios que brotaban de la muchedumbre. De pronto, se oyeron varios gritos de alegría:

—¡Aquí está la gasolina!

—¡Hagan arder al monstruo!

—El fuego, el fuego para la bestia…

Varios hombres arrojaron sobre la cosa el contenido de sendos cubos de combustible, mojándolo en toda su superficie. Uno, más impaciente que los demás, tiró su antorcha.

Una enorme llamarada subió a lo alto instantáneamente. Lane creía contemplar una escena de pesadilla. Por un momento, incluso, llegó a dudar de la integridad de sus sentidos.

De repente, un espantoso hedor invadió la atmósfera. La multitud retrocedió.

Lane se sintió mareado. El estómago se le revolvió.

Volvió sobre sus pasos. No quería seguir contemplando aquella espantosa escena.

Aún llegaban más hombres con recipientes cargados de combustible. A cincuenta y sesenta pasos de distancia, Lane se volvió.

Las llamas despedían enormes resplandores rojos y amarillos, delante de una elegante casa de estilo pretendidamente colonial, con un agradable porche sustentado por media docena de columnas. Era la residencia de Edwina, pero Lane no se atrevió a acercarse, temeroso de la furia de la multitud.

Esperaría a que pasara todo, se dijo. De pronto, oyó un comentario en las inmediaciones:

—Al fin hemos acabado con el monstruo —exclamó un hombre.

—Lo dije desde el primer día: Edwina Coogan, ahora por fortuna convertida en cenizas, era una mala bestia.

CAPÍTULO II

Lane pasó una mala noche. Apenas si pudo pegar un ojo en la cama del único hotel de Long Creek. Al tomar la habitación, había intentado conversar con el encargado de la recepción, pero el hombre se había mostrado reticente y poco dispuesto a dar detalles de lo ocurrido y de la vida de Edwina Coogan en su residencia de Hanlon Road.

Por la mañana, encargó el desayuno en su habitación. Mientras lo tomaba, decidió que habría alguien que le daría detalles de lo ocurrido. En Long Creek debía de haber a la fuerza un jefe de policía, comisario, alguacil o algo por el estilo. ¿Por qué el representante de la ley no había impedido el suceso de la víspera?

Terminó de desayunar y se vistió. Bajó a la planta y vio que el conserje era otro. El hombre tenía un aspecto más agradable que el hosco conserje nocturno. Intentaría obtener informes del individuo, se dijo, aparte de no haber desistido de sus propósitos de conversar con el jefe de policía.

Se acercó al mostrador.

—Buenos días —saludó, cortés—. Soy Clem Lane. Tomé anoche una habitación. Usted no estaba en recepción, amigo…

—Joe Larson, señor —sonrió el conserje—. ¿Puedo serle útil en algo, señor Lane?

—A decir verdad, sí. Llegué anoche justamente cuando había una multitud en las inmediaciones de Hanlon Road. Ocurrió algo horrible, creo.

La cara de Larson se demudó.

—Espantoso, señor —dijo—. Pero ella se lo tenía bien merecido.

—¿Cómo?

—Me refiero a la señora Coogan, bueno, era viuda, creo, pero usaba corrientemente su apellido de soltera. Fue ella quien mató a

Jim Foreman y lo devoró.

Lane creyó que sus oídos se hallaban en mal estado.

—Amigo Larson, no irá a decirme que la señora Coogan era una caníbal —exclamó, procurando contener la ira que le producía la respuesta que había recibido.

—Sí, ya sé que es difícil creer una cosa semejante, pero las pruebas que se obtuvieron…

El teléfono sonó de pronto. Larson se excusó:

—Perdone un momento, señor —rogó. Levantó el aparato y dijo —: Recepción del Magnus Hotel… ¿Cómo? ¿El señor Lane? Sí, por favor, aguarde un instante, señora: precisamente está aquí, en recepción…

Larson alargó el teléfono.

—Para usted —indicó.

—¿Quién diablos conoce mi estancia en Long Creek? —masculló.

De pronto, una voz conocida resonó en su oído:

—Clem, por favor, no digas nada, no te sorprendas, no lances ninguna exclamación ni pronuncies siquiera mi nombre. Soy Edwina. Es probable que te hayan contado cosas horribles de mí. Yo te contaré la verdad, Esta noche te aguardo en mi casa. Por favor, no lo comentes con nadie. ¿Has comprendido lo que quiero decirte?

—Desde luego. ¿Hora?

—La que quieras, con tal que sea de noche. Por favor, Clem, eres el único en quien puedo confiar…

—Descuida. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

Lane consiguió sonreír al devolver el teléfono a Larson.

—Muy amable, Joe —dijo.

—Ha sido un placer, señor Lane. ¿Piensa permanecer mucho tiempo en Long Creek?

—Todavía no lo sé, pero me parece un buen sitio para unas vacaciones. No había estado nunca aquí.

—Lo que ocurrió anoche puede que influya desfavorablemente en los visitantes —dijo Larson, preocupado—. La verdad es que Long Creek gozó siempre de buena fama, como una población tranquila y agradable, con bonitas vistas y un par de lagos con pesca abundante, pero este suceso tan horrible… Y lo peor es que la

gente de fuera, cuando lean los periódicos, nos tacharán de locos, retrógrados y qué sé yo cuántas cosas más.

—Seguramente, no comprenderán lo que motivó la justa ira de la muchedumbre —dijo Lane con virtuoso acento.

—En cierto modo, yo les comprendo, señor. La señora Coogan devoró a dos hombres jóvenes y muy apreciados por la población: Rock Mendoza y Jim Foreman. Se dudaba en el primer caso, pero cuando se produjo el segundo, ya se tuvo la certeza de que ella se los había comido, así como suena. Entonces, resulta comprensible que se disparase la cólera del pueblo.

—Muy comprensible, en efecto —convino Lane con acento neutral.

* * *

El tiempo se le hizo interminable. Para distraerse, realizó una excursión a los parajes más pintorescos de los alrededores, encontrando que Larson no había exagerado en absoluto al elogiar las bellezas naturales de la comarca. Pero su ánimo no estaba para apreciar paisajes más o menos hermosos.

Volvió al pueblo a media tarde. Había un ambiente fúnebre, de temor; la gente evitaba mirarse a los ojos. Tal vez estaban arrepentidos de lo que había pasado la víspera. O tal vez no habían sabido librarse todavía de los horrores presenciados.

Lane, por su parte, se sentía profundamente conturbado. ¿Cómo era posible que la gente acusara de canibalismo a una mujer tan hermosa como Edwina Coogan? Ciertamente, Edwina tenía sus defectos, como todo el mundo; se la podía acusar, incluso, de ligereza y hasta de vanidad, pero nunca, pensaba él, podía cometer un crimen tan horrible como el de la antropofagia.

Pero es que, además, pensándolo fríamente, cada vez lo encontraba más incomprensible. Acusaban a Edwina de haberse comido a dos hombres. Era mucha carne, ciento cuarenta o ciento cincuenta kilos de carne… y si su mente estaba desvariada, no creía llegase a rebasar el extremo de comer un poco de la carne de sus víctimas, no en su totalidad, como había declarado Larson.

Al fin, llegó la noche.

Lane supo contener su impaciencia todavía media hora más. La temperatura era agradable y fingió que iba a dar un paseo a pie.

Ya había trazado una ruta durante el día. Long Creek era una población prácticamente construida a ambos lados de una calle principal, por la que pasaba el tráfico de vehículos. Algunas calles transversales llevaban a residencias esparcidas por las colinas cercanas. Lane embocó la calle paralela a Hanlon Road y la siguió hasta su final.

Entonces se halló en pleno campo. Giró a la izquierda. Abundaban los árboles, en especial los pinos y los abetos. La vegetación le permitía esconderse sin dificultades.

Momentos después, divisó la casa de Edwina.

Habría una puerta trasera, calculó. La encontró. Por fortuna, no estaba cerrada con llave.

Abrió cautelosamente. Luego hizo girar la puerta de nuevo, sin encender la luz, para evitar se conociera su presencia en la casa.

—Edwina —llamó a media voz.

—¿Clem? —llamó ella.

—Sí. Estoy en la cocina…

—Ven al salón. Las cortinas están corridas. Nadie podrá vernos.

Lane avanzó a tientas. Al abrir la puerta interior de la cocina, divisó una luz al fondo de un pasillo.

Momentos después, estaba frente a Edwina. Ella le tomó las dos manos, a la vez que le dirigía una penetrante mirada.

—Sabía que no me abandonarías, Clem —dijo Edwina.

—Soy siempre fiel a los amigos —sonrió él—. Por favor, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Los ojos de Edwina despidieron un fulgor singular, A Lane le pareció que al otro lado de las pupilas había dos diminutos hornos encendidos.

—Clem, no te preguntaré si estás enamorado de mí, porque ya conozco la respuesta —dijo ella con voz tensa—. Lo que hubo entre nosotros fue una especie de fuego muy intenso, pero alimentado por una leña muy seca, que se consumió con gran rapidez. No obstante, quiero saber si me aprecias verdaderamente, si me tienes el suficiente afecto como para librarme del horrible mal que me aqueja.

Lane se espantó. ¿Le proponía Edwina un acto de eutanasia? ¿Muerte por piedad?, se preguntó.

Ella sonrió tristemente.

—No me has contestado, Clem —dijo.

—Bien, te aprecio muchísimo y no querría que te ocurriese nada malo…

—Entonces, ¡mátame, Clem, mátame! ¡Por favor, líbrame de la carga insoportable de la existencia! ¡Clem, mátame!

* * *

Durante unos segundos, Lane contempló estupefacto a la hermosa mujer cuyas manos estaban en las suyas. La negra cabellera, la tersura de la piel, la figura escultural, de contornos que no necesitaban de ningún artificio ortopédico para semejar los de Venus…

¿Había alguna enfermedad incurable en aquel bellísimo cuerpo?

Edwina tiró de él y lo llevó hasta un diván cercano.

—Quiero contarte lo que me sucede —dijo—. Es probable que hayas oído en el pueblo cosas horribles de mí.

—Las he oído, pero, francamente, no puedo creer…

—Es cierto, Clem, yo devoré a esos dos hombres.

Lane cerró los ojos un instante, Edwina estaba loca de remate, no le cabía la menor duda.

—Nos separamos hace cuatro años —continuó ella—. Yo me casé, pero enviudé antes de los seis meses. Soy joven y hermosa, ¿para qué engañarnos?, por tanto, me creí en el derecho de ser feliz de nuevo. Rock Mendoza empezó a cortejarme. Después vino Jim Foreman… y anoche me quemaron.

Edwina lanzó una amarga carcajada.

—Los muy torpes no sabían que el fuego no podría conmigo —exclamó—. Pudieron quemar la mayor parte de mi cuerpo, pero un minúsculo fragmento, no mayor que la mano, se había separado ya y se deslizaba por la hierba hasta la casa. Fue suficiente para que yo recobrase mi forma habitual, ¿comprendes?

Lane sentía que la cabeza le daba vueltas. Era horrible, se dijo, estar al lado de una mujer de belleza incomparable y saber que tenía el cerebro destruido por un espantoso género de demencia.

Lo mejor era seguirle la corriente, decidió.

—Está bien. Te quemaron, pero has sobrevivido —dijo.

—Sólo puedo morir de una manera —declaró ella.

—¿Ah, sí?

Edwina se puso en pie de pronto. Lane vio que se dirigía a una mesa en la que había una pistola.

—¡Edwina! —gritó—. ¿Qué haces?

Ella se volvió y sonrió con infinita tristeza.

—Lo siento —dijo—. Yo misma lo he intentado más de una vez, pero me ha resultado imposible. Tienes que ser tú, Clem, tú eres el único que puede disparar esta pistola contra mí.

Lane se incorporó de un salto, horrorizado por la petición de la joven.

—Edwina, si estás enferma… Tengo algún dinero… Te llevaré a los mejores médicos… Pero no puedes cometer esta locura, cuando tienes solamente veintiocho años y toda una vida por delante…

Edwina movió lentamente la cabeza.

—No, Clem, no; lo mío no tiene cura —declaró. Avanzó un par de pasos, alargando la mano que sostenía la pistola.

—Por lo que más quieras, dispara… ¡Dispara, Clem! Hubo un momento de silencio. De repente, un vivo fogonazo iluminó la estancia.

CAPÍTULO III

Lane se volvió hacia una de las ventanas. Alguien había descorrido una cortina y disparado el interruptor de una cámara fotográfica, conectado a la correspondiente lámpara de destello.

Furioso, se lanzó hacia delante. Echó la cortina un lado y divisó a una mujer al otro lado, junto a la ventana, forcejeando para introducir una nueva lámpara en el alvéolo del reflector.

Lane divisó una revuelta cabellera rubia. Alargó la mano y dio un fuerte tirón.

—¡Ay! —gritó ella—. ¡Suéltame, bruto…!

—Maldita entrometida —gruñó Lane—. ¿Quién diablos le ha dado permiso para obtener fotografías en esta casa? ¿Quiere que llame al jefe de policía y la encierre por violar la intimidad personal de la señora Coogan?

La chica pareció tranquilizarse un tanto, a pesar de que su pelo seguía en la mano de Lane.

—De modo que va a llamar al jefe de policía, ¿eh? —dijo irónicamente—. Bueno, hágalo; le gustará mucho hablar con una persona a la cual cree muerta.

—Suéltala, Clem —intervino Edwina—. No me importa lo que suceda de ahora en adelante. A fin de cuentas, yo estaré muerta dentro de muy poco.

—¿Qué dice la señora Coogan? —exclamó la chica de la cámara fotográfica.

—Eso no le importa en absoluto —rezongó Lane—. En primer lugar, díganos quién diablos es usted.

—Mary Emerson, del Weekly Courier, de Denver —se presentó ella.

—Conozco esa detestable revista, un sucio montón semanal de mentiras y fotografías repugnantes… ¡Deme su cámara, señorita

Emerson!

—¡No! He tomado una magnífica fotografía y la publicaré, pese a quien pese —gritó Mary.

De repente, Lane alargó las dos manos, agarró a Mary por debajo de los sobacos y la introdujo a viva fuerza en la sala. Ella chilló. Con los movimientos, la cámara se desprendió de sus manos y cayó al suelo.

Lane empujó a la chica violentamente a un lado. Mary rodó sobre sí misma un par de veces y quedó medio tumbada sobre una extensa alfombra. Antes de que se pudiera poner en pie, el tacón de Lane machacó la cámara.

—Sus malditas fotografías no se publicarán —dijo, exasperado —. ¿Es que no tiene piedad de una mujer enferma?

Mary alzó sus ojos hacia Edwina.

—¿E… es cierto lo que dice ese hombre, señora? —preguntó.

Edwina hizo un gesto de asentimiento.

—En cierto modo, estoy enferma —contestó.

—He leído las noticias de agencia… —explicó Mary—. Lo que sucedió anoche me pareció harto fantástico y le dije a mi jefe que me venía para averiguar exactamente sobre el terreno la realidad de lo que había pasado. He hablado con algunos en Long Creek y la verdad es que las informaciones que he conseguido no la favorecen en absoluto, señora Coogan.

—Lo sé —dijo Edwina—. Es más, admito que devoré a esos dos hombres.

Mary se apartó temerosamente hasta que una pared refrenó su marcha.

—Eso…, eso no puede ser… Usted —se volvió al joven—, es amigo de ella, por lo poco que he podido oír. Tiene que llevarla a un médico…

—Lo mío no tiene cura, muchacha —insistió Edwina—. Sólo hay una solución, precisamente la que no quiere emplear el señor Lane.

—¡Lane! —Exclamó Mary—. He oído hablar de usted, el joven ingeniero que ha proyectado un puente audaz en…

—Eso no importa ahora, señorita Emerson —cortó él—. Edwina, sea lo que fuere, tu enfermedad ha de tener algún remedio. Además, ni siquiera sé cómo te atacó…

—Fue hace tres años, a poco de quedarme viuda —contestó

Edwina—. Me encontré con un hombre en…

De repente se oyó un ruido seco.

Era más fuerte que el disparo de una pistola con silenciador, pero no tanto como si el arma hubiera estado desprovista de aquel aditamento destinado a evitar la mayor parte del ruido. No obstante, Lane intuyó que alguien había usado un arma de fuego.

Edwina lanzó un gemido y se tambaleó. La pistola que sostenía en la mano cayó al suelo.

Lane se precipitó sobre ella y logró sostenerla en sus brazos, antes de que se derrumbara. Levantándola en peso, la llevó hasta el diván.

—Use el teléfono, señorita Emerson —dijo—. La señora Coogan ha recibido un balazo.

Edwina levantó una mano.

—No, no llame a un médico, señorita… Estoy muriéndome y, créeme, es lo mejor que podía sucederme, Clem.

Lane contempló el redondo agujerito que aparecía en la blanca carne, entre los senos. Había rasgado la blusa para ver de contener la hemorragia, pero la situación de la herida le indicó claramente la futilidad de cualquier esfuerzo. La muerte de Edwina era cuestión de breves momentos.

Sintió una tremenda compasión por la infeliz mujer. Tiempo atrás, se habían amado locamente, aunque, pasado el fuego de la pasión, vino la sensatez y el convencimiento de que no eran el uno para el otro. Pero la amistad y el aprecio recíprocos habían sobrevivido indemnes a la separación.

Mary aparecía como aturdida, sin acertar a reaccionar. Lane se arrodilló junto a la agonizante y tomó su mano derecha con las dos suyas.

—Edwina —llamó.

Ella abrió los ojos. Una dulce sonrisa iluminó su rostro.

—Ese hombre te ha evitado…

Parecía tener grandes dificultades en hablar. Lane adivinó que Edwina conocía el nombre de su asesino.

—Por favor, haz un esfuerzo… ¿Quién te ha disparado? —preguntó.

—El… conde…

Lane respingó. ¿Un conde?, pensó, atónito.

Pero en el mismo momento, la cabeza de Edwina se dobló a un lado. Su cuerpo sufrió un par de sacudidas y luego se quedó completamente inmóvil.

Lañe permaneció unos momentos en la misma posición, con la mano de Edwina entre las suyas. Mary empezaba a reaccionar y le miró con simpatía.

De pronto, Lane recordó que no estaba solo. Incorporándose a medias, tendió sobre el diván el yerto cuerpo de Edwina y le cruzó las manos sobre el pecho, ya cubierto de nuevo por la blusa.

—Tiene un buen reportaje, señorita Emerson —dijo roncamente.

Las lágrimas aparecieron de pronto en los bellos ojos de la chica.

—Lo lamento infinito… Creo que usted sufre mucho… No sé qué decir, la verdad, pero no me eche toda la culpa. El oficio, ¿sabe?

Lane hizo un gesto de asentimiento.

—Habrá que llamar a la policía —dijo.

Se acercó al teléfono y lo levantó. Instantes después, alguien le contestó al otro lado, con enorme sorpresa.

—Está bien, iré ahora mismo —dijo el jefe Cranstone.

Lane se volvió hacia la muchacha.

—Siento haberle destrozado la cámara —dijo—. Le compraré otra.

—No se preocupe —contestó Mary—. Señor Lane, ¿tiene usted alguna idea de quién ha podido matar a Edwina?

—Sé lo mismo que usted. Ella no tuvo tiempo de contar todo. Personalmente, creo que padecía un tipo de demencia muy peculiar. Debía de saber que su enfermedad no tenía cura y se sentía desesperada. Por eso me pidió que la matase. Pero el otro llegó antes.

—Un conde —dijo la chica—. ¿Lo conoce usted?

—No tengo la menor idea de quien pueda ser. En este sentido, sé tanto como usted.

—Pobre mujer… Usted la amaba, ¿no es así?

—La palabra no es exacta, aunque hubo un tiempo en que estuvimos enamorados. Pero lo nuestro no llegó a cristalizar. No me pregunte las causas, debía ser que no estábamos destinados el uno para el otro. Sin embargo, nos conservábamos todavía un gran afecto mutuo. Ella me pidió que viniese, aunque no expresó los motivos. Decía que era el único que podía ayudarla, pero eso es

todo.

De pronto, Lane se dio cuenta de que la pistola de Edwina estaba todavía en el suelo. Cruzó la sala, se inclinó y guardó el arma en el bolsillo.

—Usted es testigo presencial de lo ocurrido, señorita Emerson —dijo—. A pesar de todo, no me fío en absoluto de un comisario aldeano. Comprenderá que no tenga interés alguno en verme metido en líos.

—Declararé en su favor, si es precise —indicó Mary.

—Gracias, pero, por favor, no diga nada de lo que ha visto y oído. Ah, y esconda por ahí los restos de su cámara. Diga solamente que vino a visitar a la señora Coogan y que me encontró charlando con ella. Éramos antiguos amigos, ¿comprende?

—Sí, señor Lane.

—Gracias, en nombre de ella, señorita Emerson.

De repente, se oyó el ruido de un coche en el exterior. Lane cruzó la sala, atravesó el pequeño vestíbulo y abrió la puerta.

Un hombre grueso, de facciones blandas y bigote ralo, ascendió pesadamente los cuatro escalones que había del suelo de tierra al del pórtico.

—Soy el jefe Cranstone —se presentó.

—Clem Lane, ingeniero, de Denver —dijo el joven—. Entre, jefe.

Pero Cranstone no daba señales de aceptar la invitación.

—Ingeniero, ¿qué historia fantástica es esa que usted me ha contado? —Exclamó con cierto tonillo de irritación—. La señora Coogan murió ayer…

—¿Qué es lo que murió ayer, jefe?

Cranstone se quedó cortado.

—Bueno, ella era…

—Era una persona, un ser humano como usted y como yo, probablemente, mejor que ambos —dijo Lane secamente—. Pero será mejor que entre. Hay un testigo presencial del crimen.

El jefe de policía entró en la casa. Cuando vio a Edwina tendida en el diván, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es increíble! —dijo—. Yo habría jurado que ella… anoche…

—Ni siquiera sabe usted lo que permitió que hicieran unos lugareños enloquecidos por el miedo y la ignorancia —le recriminó

Lane—. Lo que pude ver anoche no es sino una muestra patente de su absoluta falta de autoridad y de una indescriptible negligencia en el cumplimiento de su deber.

—¡Ella había devorado a dos hombres!

—En tal caso, su obligación era arrestarla y someterla a juicio, pero no permitir que una turba exaltada se dedicara a cometer actos salvajes. De todas formas, lo que quemaron anoche no era precisamente la señora Coogan. ¿O me va a decir que no la conocía, señor Cranstone?

El policía, turbado, asintió.

—Es ella, no cabe la menor duda… ¿Quién es la chica? —preguntó.

—Perdone, me había olvidado de presentársela. Es Mary Emerson, del Weekly Courier, de Denver.

—Hola, comisario —saludó Mary.

—Jefe de policía —rectificó Cranstone con un gruñido—. Dice que murió de un disparo.

—Así es. Usted mismo puede comprobarlo —respondió Lane.

—¿Vieron al asesino?

—No. Estábamos hablando los tres y de repente sonó el disparo. Ella cayó y yo la llevé al diván. Apenas si pudo pronunciar unas palabras. Murió en menos de dos minutos.

—Investigaré —dijo Cranstone. Pero el joven, por su tono de voz, adivinó que el policía no se molestaría demasiado en buscar al asesino de Edwina.

De repente, se oyó un fuerte griterío en el exterior.

Lane se volvió colérico hacia el representante de la ley.

—Apuesto a que no ha observado un mínimo de discreción al venir aquí —dijo.

Cranstone enrojeció.

—No había por qué guardar secreto alguno —refunfuñó.

—Es usted un tipo despreciable —le apostrofó Lane—. Ahí viene gente dispuesta a cometer alguna salvajada. Venga afuera conmigo y mantenga el orden a toda costa, es su obligación.

—Oiga, ellos son mis paisanos… Yo no voy a comprometerme por una caníbal muerta…

—En mi revista dirán algo de usted, comisario —terció Mary—. Nada bueno, por Supuesto.

Las voces coléricas sonaban cada vez más cerca. En vista de que el irresoluto Cranstone no daba muestras de hacer nada, Lane decidió salir al pórtico.

Treinta o cuarenta individuos llegaban en aquel momento a la casa, gritando enloquecidos por la furia. Lane se dio cuenta de que en aquella exaltación tomaba buena parte el exceso de alcohol.

—¡Quietos! —gritó—. ¿Adónde van ustedes?

—¡Vamos a quemar la casa, con todo lo que contiene! La bestia debe desaparecer para siempre.

—La señora Coogan ha muerto. Alguien le disparó una bala. Está muerta, repito; no puede hacer daño a nadie…

—¡Quemaremos la casa! Y a usted dentro, también, si no se marcha ahora mismo —gritó otro.

Lane sacó la pistola. Era el único remedio, pensó, para contener el frenesí de aquellos hombres. Aunque también se veían algunas mujeres y no gritaban menos que ellos.

—Está bien, adelante —dijo—. Vamos a ver quién es el guapo que se atreve a dar el primer paso.

El gesto resuelto del joven pareció impresionar a los alborotadores. De repente se oyó la bronca voz de Cranstone:

—Vamos, muchachos, vuelvan a sus casas. Yo he visto a la señora Coogan, tiene un tiro en el corazón. Repito que no hay motivos para sentir temores de ninguna clase. No hagan nada de lo que luego puedan arrepentirse.

—No harán nada —aseguró Lane con voz firme—. El primero que ponga un pie en el pórtico, recibirá un tiro en el estómago.

Los levantiscos contemplaron el rostro de Lane y vieron que estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Dos o tres dieron media vuelta y se marcharon rezongando. Los demás, poco a poco, acabaron por volverse al pueblo.

—Usted también se puede marchar, jefe Cranstone —dijo Lane —. Yo me quedaré aquí, velando a la muerta. Pero hágame el favor de encargar todo lo necesario para enterrarla.

—Avisaré al forense. La autopsia…

—¿Autopsia? —Se encolerizó Lane—. ¿Es que no sabe las causas de su muerte? Envíe al médico si quiere, como un paso legal inexcusable, pero en modo alguno consentiré que se te practique la autopsia. Se conoce perfectamente la causa de su muerte,

¿comprende?

Abochornado, Cranstone emprendió la marcha hacia el pueblo. Lane quedó todavía unos momentos en el vestíbulo.

De pronto, oyó pasos a su espalda.

—¿Qué piensa hacer, señor Lane? —preguntó Mary.

—Voy a quedarme aquí. Esos brutos serían capaces de volver y cometer algún desaguisado. Por otra parte…, creo que debo acompañarla hasta que la tierra haya cubierto su cuerpo.

—Si no le importa, me quedaré con usted —sugirió ella tímidamente.

Lane se volvió y esbozó una sonrisa.

—Debo pedirle perdón por algunas de las frases que he pronunciado —dijo—. Y después, le daré las gracias por su gesto, señorita Emerson.

—Creo que debo hacerlo —contestó Mary sencillamente.

Capítulo IV

El ataúd bajó a la tumba. Había asistido un pastor, que murmuró una precipitada oración fúnebre y escapó segundos más tarde como si le persiguiera el diablo. De los dos sepultureros, uno se marchó también en el acto. Lane le miró con desprecio.

El cementerio estaba en lo alto de una colina, que dominaba a la población. Lane se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo. Acto seguido, agarró una de las dos palas.

El sepulturero que se había quedado, agarró la ocasión por los pelos y se marchó también. Lane sintió el irreprimible deseo de darle una buena lección.

—Eh, amigo —llamó—, ¿se quedaría usted por cien dólares?

El hombre se volvió, codicioso.

—Verá, señor Lane, si… si usted se empeña…

—Cien dólares le quitarían el miedo al monstruo, ¿verdad?

La cara del sepulturero se puso roja.

—Ande, váyase, imbécil —le despidió Lane.

Y empezó a lanzar paletadas de tierra sobre el féretro.

Mary se sintió indignada por la actitud de los habitantes de Long Creek. Furiosa, cogió la otra pala y se puso en el lado opuesto de la fosa.

—Ese pueblo debería arder hasta los cimientos —dijo.

—No faltan las personas inocentes. Dejemos que ellos mismos se castiguen con el miedo y el resentimiento que se han apoderado de sus ánimos.

Poco más tarde, el hueco quedó relleno de tierra. Lane colocó en la cabecera de la tumba una plancha de madera, pintada de blanco y con el nombre de Edwina en letras negras.

—Podían haberle pintado una cruz, al menos —gruñó, mientras apisonaba la tierra en torno a la base de la lápida de madera.

—He oído decir que ella no era digna de tener una cruz sobre su tumba. En medio de todo, esas gentes me inspiran lástima —dijo Mary.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que algo se movía bajo la losa de granito de una cercana sepultura. La tierra se agitó y una cosa alargada, de color grisáceo, asomó por el hueco.

El tentáculo se estiró y se hizo más grande. Lentamente, fue acercándose a Mary, situada de espaldas a aquella tumba. En aquel momento, Lane, después de haber afirmado la lápida de Edwina, se ponía en pie.

Atardecía ya. El rojo resplandor del sol en el ocaso, iluminó una horrible cosa que se movía lentamente hacia la muchacha. Lane vio el ser y lanzó un agudo grito:

—¡Mary! Apártese, pronto.

Ella se volvió. Divisó aquella espantosa bestia y corrió despavorida, aterrada por el aspecto de la cosa que parecía agitarse con extraños hervores en su interior, los cuales sacudían espasmódicamente su repugnante epidermis.

La cosa parecía ir en busca de ellos. Lane se dio cuenta de que podrían escapar, ya que correrían más que el horrible monstruo, pero, al mismo tiempo, se dijo que debía intentar algo para impedir que siguiera moviéndose, para que no atacara a otras personas.

En el bolsillo posterior de la cadera, llevaba la pistola de Edwina, que no había querido dejar, en previsión de algún incidente desagradable. El arma había mostrado su utilidad la noche anterior. Pero, íntimamente, dudó de que ahora fuese efectiva.

Sin embargo, pensó que debía intentarlo. Apuntó, contemplado por Mary, que aparecía petrificada por el horror, y disparó.

La bala alcanzó a la cosa en un punto cercano a su centro. Entonces, ocurrió algo increíble.

La cosa se replegó rápidamente hacia la sepultura. Era como si un torrente de sustancia viva se precipitara en el interior de la tumba, a través de un agujero no mayor de diez o doce centímetros. En pocos segundos, sólo quedó un tentáculo de un palmo de largo.

El tentáculo, inexplicablemente, se transformó en un antebrazo humano. Lane y Mary se creían estar bajo el influjo de una pesadilla.

La mano a que pertenecía aquel brazo quedó visible fuera de la tumba durante un segundo. Luego desapareció bajo la losa sepulcral.

Mary se sentía desfallecer.

—Vámonos, vámonos de este horrible lugar…

El brazo de Lane se colocó alrededor de su cintura. La chica se dejó llevar. Bajaron del cementerio casi corriendo, espantados, sin atreverse a volver la cabeza ni una sola vez.

Acababa de hacerse de noche, cuando se sentaron frente a frente en un restaurante de una cafetería situada cerca del hotel. Lane pidió dos *whiskys*.

—Creo que ambos necesitamos un buen trago —dijo.

Mary asintió.

—¿He soñado? —murmuró.

—No. Lo que ha visto es real, pero inexplicable. Esa cosa salió de la tumba y quiso atacarla. Después de que hube disparado, volvió a convertirse en un ser humano…

—Tal vez enterrado vivo —dijo ella, todavía espeluznada por lo que había visto.

—Es algo inexplicable —murmuró Lane, profundamente preocupado—. Si la pobre Edwina viviese, tal vez podría decirnos algo sobre el particular. Pero fue asesinada…

—Por algún tipo frustrado y resentido —declaró Mary con vehemencia—. Y lo peor de todo es que Cranstone no dará un solo paso para buscarlo. Es más, tengo la seguridad de que incluso sabe quién disparó contra Edwina.

—Pudiera ser —admitió Lane pensativamente.

Una agraciada camarera llegó con las bebidas. Lane dijo:

—Por favor, la carta. La señorita y yo queremos cenar.

—Lo siento, señor. El dueño ha dicho que no se les sirva nada más en este local —fue la sorprendente respuesta de la camarera.

Mary lanzó un pequeño grito de furor. Lane estuvo tentado de soltar un taco, pero logró contenerse.

—¿Cómo se llama el dueño? —preguntó a la camarera.

—Mills, señor.

—Bien, haga el favor de decir al señor Mills que venga. —Lane puso en la mano de la mujer un billete de diez dólares—. Guárdese la vuelta —sonrió.

—Gracias, señor —exclamó la camarera, entusiasmada.

El dueño del restaurante apareció a poco. Era un hombre mucho más gordo que Cranstone, de ojos porcinos y papada temblequeante.

—Jeannie ha dicho que ustedes me llamaban —gruñó—. Terminen sus bebidas y lárguense.

—Un momento, Mills —dijo el joven—. ¿Cuál es el precio medio de una comida en su casa?

—Pues… Oiga, yo no necesito su maldito dinero para nada. No quiero servir a los amigos de un monstruo, ¿comprende?

Impasible, Lane sacó un rollo de billetes del bolsillo y empezó a contarlos con deliberada lentitud. Los ojillos de Mills se dilataron de codicia.

—Hombre, si se pone en ese plan…

—¿Veinte dólares por barba?

Mills remoloneó un poco, pero acabó por aceptar. Entonces, Lane dejó caer al suelo cuatro billetes de diez dólares.

—Agáchese y haga ejercicio, tío gordo —dijo despreciativamente.

Mills apretó los labios. Dudó un momento, pero la vista del dinero derrotó su orgullo.

—Cuando vuelva a Denver, hablaré en mi revista de su restaurante, señor Mills —dijo la chica—. Y no será para bien, créame.

Mills se levantó, resoplando sonoramente. Barbotó un taco entre dientes, pero acabó por alejarse.

—¡Jeannie! —Gritó—. ¡Sirve dos cenas en la mesa seis!

—Al momento, señor Mills —respondió la camarera.

Jeannie vino poco después, con la sonrisa en los labios.

—Me alegro de la lección que le han dado —dijo.

Guiñó un ojo y se alejó, contoneando aparatosamente sus opulentas caderas.

—Una mujer feliz —comentó Mary maliciosamente.

Empezaron a cenar. Al cabo de pocos momentos, Mary dijo:

—He podido adquirir algunas noticias sobre la señora Coogan. Quizá le interesen, señor Lane.

—Por supuesto. Pero llámeme Clem —sonrió él.

—De acuerdo. A Mendoza le pasó algo raro, es evidente,

Encontraron restos de su cuerpo en las inmediaciones de la casa de Edwina.

—¿Qué restos? ¿Huesos?

—No, una prótesis de platino que tenía en una pierna. Mendoza fue herido gravemente en el Vietnam. Aquí le consideraban como un héroe local. Son muy conservadores, ¿sabe?

—Y retrógrados —añadió Lane—. Siga. Mary.

—La prótesis fue identificada positivamente como perteneciente a Mendoza. Pero había adheridos algunos minúsculos fragmentos de hueso. Se dice que parecía como si hubieran sido hervidos…

—¡Mary, estamos cenando! —protestó él.

—Lo siento, sólo quería repetirle lo que se dice por ahí.

—Perdóneme usted a mí, Mary; creo que he hablado impulsivamente, sin pensarlo demasiado…

—Tiene motivos para enojarse —sonrió la chica—. Pero quizá le conviene saber que encontraron otros restos de Mendoza, objetos metálicos todos ellos: su reloj de pulsera, una pluma, monedas… En fin, de momento, nadie supo a qué achacar la desaparición del pobre pretendiente de Edwina y alguien tuvo la brillante idea de enterrar la prótesis de platino en una tumba, como si fuese el cuerpo entero. Hubo discursos, oración fúnebre y todo lo que se acostumbra a decir y hacer en estos casos.

—¿Y después?

—Meses más tarde, fue Jim Foreman el que desapareció. También encontraron restos suyos, todos objetos de metal… y un pie. Igualmente sepultado.

—Entonces fue cuando dedujeron que Edwina era una caníbal.

—Lamentablemente, así fue. El resto ya lo sabe usted, Clem.

—No, no lo sé todo —contradijo Lane—. ¿Por qué suponían que aquella horrible masa era Edwina?

—Porque encontraron el pie de Foreman a pocos pasos de distancia. Alguien le oyó gritar, acudió y se encontró con el espectáculo. Pidió auxilio…, y como, más o menos, recelaban de ella, decidieron quemar el monstruo.

Mary hizo un gesto con la cabeza.

—Clem, la verdad, puede que yo, de haber sido uno de estos lugareños, hubiera actuado de la misma manera. Todos tenemos horror y pánico a lo que no comprendemos, a todo lo extraño que

escapa a nuestros conocimientos. Ellos pensaron que el fuego sería lo mejor para castigar al monstruo que ya había devorado a dos conciudadanos.

Lane asintió pensativamente.

—Lo peor de todo es que ella admitió su canibalismo —dijo—. Pero estaba loca, loca, no podía ser de otro modo.

—¿Qué me dice del monstruo? Vimos otro igual en el cementerio, Clem. Y el tentáculo se convirtió en un brazo humano. ¿Qué sucede aquí? ¿Qué horribles seres han hecho su habitáculo de esta comarca?

—Mucho me temo que habremos de irnos sin aclarar este horrible misterio —contestó Lane—. La gente no nos mira con simpatía. Estamos considerados como amigos de Edwina y eso no nos favorece en absoluto.

Mary suspiró.

—Tiene usted razón —dijo—. Me parece que no podré publicar nada en mi revista. El director no creería mi historia, Clem.

—Mejor así —sonrió él—. Edwina merece descansar en paz en su tumba. Y ojalá, algún día, se encuentre a su asesino, para que reciba el castigo adecuado a su crimen. Ella podía haber curado en algún sanatorio, pero la bala asesina lo impidió.

Guardaron silencio. Al cabo de un rato, terminada la cena, se levantaron.

—¿Cuándo se vuelve a Denver, Mary? —preguntó Lane.

—Mañana, en el autobús de la Greyhound…

—La llevaré en mi coche, si no le importa. Luego puede cargar en la cuenta de gastos el importe del billete de autobús.

—El director del Weekly Courier es bastante roñoso, en efecto. Pero ¿qué le digo yo… si no puedo decirle nada?

—Cuéntele cualquier fantasía. Y diga que el que le rompió la cámara, está dispuesto a comprarle una nueva. Cosa, por otra parte, rigurosamente cierta.

—Mi director no se quejará. La cámara era mía —dijo Mary.

Momentos después, se despedían en el pasillo del hotel. Lane, cansado, entró en su habitación y se quitó la chaqueta.

A pesar de todo, no sentía sueño. Sabía que la excitación nerviosa le impediría dormir. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana.

Un par de individuos cruzaron la calle con paso rápido. Lane vio que se dirigían al bar de Mills.

Por encima de las casas del otro lado de la calle, divisó la colina donde estaba el cementerio, recortándose en negro contra la luna en menguante, que salía en aquellos instantes. Allí descansaba Edwina, se dijo, una hermosa mujer junto a la cual había vivido una maravillosa pasión. Evocó melancólicamente aquella época que consideraba como una de las más agradables de su vida. Habían transcurrido solamente cuatro años, pero le parecía que habían sido otros tantos siglos.

Tres o cuatro individuos más cruzaron la calle en dirección al local de Mills. La gente tenía ganas de beber, se dijo.

De pronto, oyó el ruido de la puerta a su espalda. Se volvió, pensando que sería Mary. Tardó un instante en darse cuenta de su error.

Jeannie, la opulenta camarera, entró, cerró la puerta y se apoyó en ella, con una incitante sonrisa en sus rojos labios.

—¿Le importa que charlemos un poco, señor Lane? —propuso.

CAPÍTULO V

Lane contempló a la mujer durante unos momentos. Jeannie, calculó, que debía de andar por los treinta años. Era muy hermosa, aunque, como no se cuidase, acabaría engordando antes de diez años. Pero su cuerpo despedía un fuerte magnetismo sensual y ella lo sabía.

Jeannie vestía una larga bata, muy escotada. Lane supuso que debajo de la bata debía de haber unos pocos centímetros de tejido liviano. El pelo, rabiosamente teñido de rojo, estaba suelto.

—No hay inconveniente —accedió—. ¿De qué vamos a hablar, Jeannie?

Ella avanzó unos pasos y se sentó en un butacón. Cruzó las piernas. La bata se abrió y la pierna izquierda quedó enteramente al descubierto hasta la cadera. Jeannie continuaba sonriendo.

—¿No tiene un cigarrillo? —solicitó.

Lane se acercó a la mujer y le ofreció el paquete de tabaco. Luego encendió el cigarrillo. Jeannie le arrojó el humo a la cara.

—Usted era amigo de la señora Coogan —dijo.

—Nunca lo he negado —contestó él.

—¿Muy… amigo?

—Jeannie…, ¿o debo llamarla señora? —dijo Lane.

—Mi apellido es Hawton, pero casi nadie lo usa. No permito que los amigos me traten con ceremonias.

—Lo celebro infinito, Jeannie. Entonces, debes saber que soy un hombre de absoluta discreción. Nunca comento con nadie las relaciones que hayan podido existir entre una mujer y yo.

—Entiendo. Pero nadie sino un gran amigo se hubiera atrevido a venir a este pueblo de salvajes, para defender a la señora Coogan.

—En primer lugar, yo ignoraba lo que le sucedía. En segundo, había aún la suficiente amistad entre ambos para no desatender su

llamada.

—Ah, te llamó ella.

—Así es, Jeannie.

—Una hermosa mujer —contestó la camarera—. Yo la envidiaba. Era hermosa, distinguida… y tenía mucho dinero.

—Heredado de su difunto esposo, supongo.

—Eso es lo que todo el mundo cree.

—¿Cuál es tu opinión?

—Sí, pudo heredar esa fortuna. Pero era una caníbal.

—Jeannie, ¿crees en esa historia?

La camarera se irguió un poco.

—Me robó a Mendoza —dijo.

—¿Seguro?

—Rock me pretendía a mí. Pero ella se interpuso…

—Los dos están muertos. ¿Para qué hacerles unos reproches que no pueden escuchar y de los que tampoco pueden defenderse?

—Tienes razón —rió Jeannie—. Pero quizá te gustará conocer algunos detalles de lo que sucedió en Long Creek.

—¿Por qué no se los cuentas al comisario?

—¿A ese saco de patatas con piernas? Vamos, Clem, no soy tonta. Lo creas o no, Cranstone fue uno de los que más azuzaba a la gente contra la señora Coogan. Claro que tenía sus motivos.

—¿Qué motivos?

—Cranstone quería comprar un terreno. Esa parcela era de ella. Edwina se negó siempre a vender.

—Comprendo. Ahora, buscará, y encontrará, el medio de conseguir ese trozo de terreno.

—Desde luego.

—¿Cómo lo sabes tú, Jeannie?

Ella soltó una risita.

—Se oyen muchas cosas en la cafetería y en el restaurante. Yo digo siempre sí a todo, menos a ciertas cosas, claro; pero nunca dejo conocer mis opiniones.

—Eres lista, muchacha.

—No soy tonta. Y el caso es que a mí también me gusta ese terreno. Está en un lugar maravilloso, con unas vistas fantásticas; hay una bonita cascada a menos de doscientos pasos… Vale una fortuna, ¿sabes?

—Jeannie, empiezo a adivinar tus intenciones. En primer lugar, no soy rico y, en segundo, lo que menos pienso es en comprar aquí un trozo de tierra para construirme una casa de recreo.

La camarera se puso bruscamente en pie.

—Entonces, no eres tú el hombre a quien ella esperaba…

—¿Cómo dices?

—Sé que Edwina aguardaba a una persona, con quien, al parecer, ya había concertado la venta de este terreno. Al verte, pensé que eras tú el comprador.

—Lo siento. Estás equivocada.

Jeannie emitió una sonrisa de circunstancias.

—Todos cometemos errores —dijo—. Bien, ahora sólo falta esperar a que se lea el testamento de Edwina.

—Ah, hay un testamento.

Ella soltó una risita.

—Fue otorgado no hace más de una semana, en casa del abogado Anders —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Jeannie inspiró profundamente.

—Le gusto a Anders. Me cuenta cosas, a veces, aunque no todo lo que yo querría saber. Sólo me dijo lo del testamento, pero no quiso darme más detalles.

—Y Anders, supongo, fue quien te habló del presunto comprador del terreno… ¿Qué nombre recibe esa propiedad?

—Falls View. Si yo tuviera dinero suficiente… Claro que no me lo quedaría; lo vendería a mejor precio…

—Especuladora —sonrió Lane.

—¿Y qué es lo que quiere hacer Cranstone? Ese viejo buitre, saco de grasa… Cada vez que lo veo, me entran ganas de vomitar. Tiene los dedos como alicates, créeme.

—Te pellizca a menudo, ¿eh?

Jeannie se levantó la bata.

—Mira, un «recuerdo» de ese tipo obsceno que tenemos como jefe de policía —exclamó.

—Está bien, está bien, ya he visto bastante, Jeannie. ¿Puede indicarme la dirección del abogado Anders?

—Con una condición, Clem.

—Tú dirás.

Ella entreabrió los labios y dejó los dientes al descubierto. Avanzó paso a paso hacia el joven y puso sus brazos en torno al cuello de Lane.

—Adivínala —susurró.

Lane vaciló.

El atractivo que se desprendía de Jeannie era muy fuerte y él no había sido nunca un hombre insensible a los encantos femeninos. Pero aquella noche…

Los labios de la camarera rozaron los suyos.

—Clem —murmuró con voz ardiente.

—Todavía no me explico cómo has venido a mi habitación —dijo Lane, buscando ganar tiempo. No quería granjearse el enojo de Jeannie, pero le parecía incorrecto buscar olvido a lo sucedido en los brazos de una mujer.

—El bar, el restaurante y el hotel son de Mills. Yo he venido por la parte de atrás. Tengo una habitación en el ático. Sabía el número de la tuya y…

El cuerpo de Jeannie se pegó bruscamente al suyo. Lane se dijo que acabaría por ceder.

De repente, se oyeron unos ruidos extraños en la calle.

—¿Qué pasa? —exclamó, alarmado.

Casi con violencia, se soltó de los brazos de la camarera y corrió hacia la ventana. Miró hacia la calle y divisó una camioneta descubierta, cargada hasta los topes de troncos y maderos de todas clases.

Alguien corrió hacia el vestíbulo y gritó:

—¡Vamos, muchachos, el asunto ya está listo!

* * *

La camioneta arrancó, con algunos gruñidos de protesta del motor y de la suspensión. Algunos corrieron para acomodarse en lo alto del montón de leña. Varios más ocuparon tres o cuatro coches, formándose así una pequeña caravana, que se dirigió hacia la salida de la población.

—¡Van al cementerio! —exclamó Jeannie.

Lane se volvió hacia la camarera.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó.

—Oí algunos comentarios esta tarde, pero pensé que serían cosas

de tipos con alguna copa de más. Ahora veo que hablaban en serio.

—Sí, pero ¿a qué diablos van al cementerio?

Jeannie le miró fijamente.

—¿Es que no lo comprendes? Ya intentaron quemar una vez a Edwina. Ahora intentarán rematar su obra —respondió.

En un segundo, Lane comprendió la verdad. Ahora ya conocía el objeto de aquella enorme carga de leña.

—Voy a impedirlo, cueste lo que cueste… —Gruñó, a la vez que alargaba la mano hacia su chaqueta.

—¡No vayas! —Gritó Jeannie—. ¡Esos salvajes son capaces de matarte!

—Tengo una pistola —contestó él, al mismo tiempo que abría la puerta del pasillo.

Mary asomó por la puerta de su habitación.

—¡Clem! ¿Qué sucede? ¿Por qué se amotina la gente? —inquirió.

—Van a quemar el cadáver de Edwina —respondió Lane.

Mary lanzó una exclamación de sorpresa y horror. Luego, reaccionando, echó a correr detrás del joven.

Jeannie se asomó a la puerta.

—¡No sean locos…! —Pero al ver que no hacían caso de su advertencia, se encogió de hombros—. Esos idiotas me han estropeado la noche —masculló, furiosa.

El coche de Lane estaba ante la puerta del hotel. Cuando el joven se sentaba tras el volante, vio que Mary abría la otra portezuela del vehículo.

—¿Adónde va? Puede correr peligro…

—Arranque —exclamó ella.

Lane asintió y dio media vuelta a la llave de contacto. Vagamente se percató de que Mary estaba vestida solamente con bata y camisón, pero no era un detalle importante en semejantes circunstancias.

El cementerio estaba a cosa de mil metros de la ciudad. Cuando llegaron a las inmediaciones, presenciaron una escena demencial.

El ataúd que contenía los restos de Edwina había sido colocado sobre la pira, cuyos componentes, troncos y maderos, sin embargo, no habían sido descargados de la camioneta. En torno al vehículo se agitaba una multitud gesticulante y chillona.

A Lane le pareció que estaba asistiendo a un aquelarre demencial, una reunión de brujos de ambos sexos, aunque los hombres abundaban más que las mujeres. Pero ellas no se quedaban atrás a la hora de proferir gritos e insultos de una terrible procacidad, dirigidos a una pobre mujer que ya no podía oírles.

Claramente entendió el significado de la frase que alguien había pronunciado minutos antes, avisando de que todo estaba listo. Algunos salvajes se habían ocupado de desenterrar el féretro. Lane vio Cranstone en primera fila, gritando y aullando como un poseído.

—¿No podemos evitarlo, Clem? —sollozó Mary.

Lane movió la cabeza sombríamente. Enfrentarse con aquella muchedumbre frenética e irrazonable sería una locura. Había más de cien personas y, aparte de Cranstone, otros varios llevaban armas de fuego.

Alguien arrojó una antorcha encendida sobre la camioneta. La leña se inflamó instantáneamente.

Las primeras filas retrocedieron. Sonó un bárbaro aullido de triunfo.

—Habían empapado previamente la madera de petróleo —adivinó Mary, llena de congoja.

Lane pasó un brazo alrededor de sus hombros. Las llamas alcanzaban una altura enorme, despidiendo un vivo resplandor en muchos metros a la redonda.

Algunos de los espectadores se pusieron a bailar en torno a la hoguera. Lane vio más de una botella correr de mano en mano y de boca en boca. La escena era repulsiva, envilecedora.

—Vámonos, vámonos —gimió la chica—. No puedo soportar por más tiempo este indignante espectáculo.

—Mary, ahora me arrepiento como nunca de haber destrozado su cámara —dijo Lane, mientras la hacía girar en redondo—. Usted tendrá mucho que contar en su revista, ¿no es así?

Ella asintió. Momentos después, llegaban al coche.

El fuego envolvía por completo al féretro, cuyas maderas ardían como simples papeles. Por un momento, Lane creyó ver una blanca mano que asomaba entre las tablas carbonizadas:

¿O era una ilusión solamente?

¿Se despedía la muerta de él de un modo definitivo?

Tenía la mente sugestionada por el horror de la situación. Lo

que había visto no era sino un engaño de sus retinas.

Se oyó un brutal clamoreo. Antes de sentarse tras el volante, Lane dirigió una mirada hacia la cima de la colina.

La camioneta, consumida por el fuego, se había abatido contra el suelo. Ya no se veía el menor rastro del ataúd, sólo una masa de madera que ardía con llamas gigantescas.

El vehículo arrancó de un salto. Lane se preguntó si algún día conseguiría librar su mente del recuerdo de aquella horripilante escena.

CAPÍTULO VI

Craig Anders era un sujeto de buena presencia, elegante y pulido, aunque de ademanes un tanto afectados. Cuando su secretaria le anunció la visita de Lane, ordenó le hiciera pasar inmediatamente a su despacho.

—Celebro conocerle en persona, ingeniero —dijo, a la vez que le tendía la mano—. He leído en los periódicos el éxito de su último proyecto…

—Señor Anders, muchas gracias por sus elogios —cortó Lane con gran cortesía. Yo también me alegre de conocerle a usted, pero no he venido aquí para hablar de mis supuestas habilidades como ingeniero.

—Estoy a su disposición incondicionalmente —manifestó el abogado.

—Muy amable. El asunto que me trae aquí es el testamento de la señora Coogan.

—Ah, el testamento…

—Sí, el que Edwina Coogan otorgó hace una semana, aproximadamente, y del que usted, si mis informes no me engañan, es depositario legal.

—Efectivamente, guardo ese testamento entre los documentos que me confió mi cliente, pero aún no puedo proceder a su apertura. Estoy aguardando una valoración pericial de sus bienes, cosa que no puede tardar mucho en hallarse terminada, dado que la señora Coogan, aunque muy rica, no poseía demasiadas propiedades. Diríamos que lo tenía casi todo concentrado en dos o tres puntos: la casa de Hanlon Road, acciones y bonos de un par de empresas de sólida garantía, los fondos bancarios de inmediata disponibilidad… y el terreno de Falls View.

—Ah, sí, he oído hablar de esa propiedad. Parece que tiene

bastante valor, ¿no es así?

Anders sonrió.

—Todo depende del valor que quiera darle cada cual —contestó —. A mí, particularmente, me gusta mucho, pero como paisaje, no para edificar allí una residencia de recreo. Otros lo querrían para especular con él…, pero ahora el dueño, o quizá los dueños, son los herederos de la señora Coogan.

—Una extraña manía la suya, la de usar el apellido de soltera siendo viuda.

—Parece ser que no apreciaba mucho a su difunto marido, Homer Wilbur Ewington, lo que no obsta para que se considerase rica precisamente debido a los bienes que le dejó su esposo.

—Este detalle, en todo caso, tiene poca importancia. Abogado, por favor, hábleme de la señora Coogan. Ella y yo estuvimos enamorados en tiempos. A pesar de que no llegamos a casarnos, conservábamos un gran aprecio recíproco. Créame que he sentido verdaderamente lo que le ha pasado. Hubiera dado un brazo para que ella siguiera con vida.

Anders se puso serio.

—A pesar de lo que digan estos paletos, ella era una excelente persona, aparte de una mujer de excepcional hermosura. Sí, tuvo pretendientes, ¿y por qué no? Era joven, rica, bellísima… ¿Podía pedir más a la vida? Pero lo que ocurrió…

—Sinceramente, señor Anders, ¿cree usted que ella devoró a Mendoza y a Foreman?

—En absoluto. Eso son patrañas de la gente de aquí. Incultos, zafios, retrógrados… Cranstone estaba muy resentido con ella, porque no había querido venderle los terrenos de Falls View. Claro que también, ese bruto que tenemos por jefe de policía le había hecho una oferta ridícula: dos mil quinientos dólares. Ella, como es lógico, rechazó de plano la proposición, ni siquiera cuando Cranstone subió a cinco mil dólares.

—En su opinión, ¿cuál es el valor actual de ese terreno?

—Hay un trozo muy extenso de bosque que, debidamente cuidado, podría dar un buen rendimiento si se utilizase su madera, es decir, talar y plantar. Y luego, aparte, la zona más baja, próxima a la cascada, hasta cuyo borde llega la linde del terreno, que es la del bonito paisaje. Bien —dijo Anders—, si yo fuese el propietario

de Falls View, no pediría por esa parcela menos de sesenta o setenta mil dólares, y aún sería barato.

Lane sonrió.

—Señor Anders, ¿qué clase de cínico es Cranstone para ofrecer menos de la vigésima parte del valor de esas tierras?

—Un zote lleno de pomposidad. Ya ve, los guardianes del orden en Long Creek son él, un ayudante que se pasa el día dormitando en el porche y un carcelero… y no le gusta que le llamen comisario. Prefiere el altisonante nombre de jefe de policía. Cree que eso le da más categoría, ¿comprende?

—Desde luego. Y ahora, por favor, una última pregunta, abogado.

—Estoy a su disposición, señor Lane.

—Tengo entendido que había surgido un comprador para Falls View. ¿Podría indicarme su nombre?

—B. Smith, eso es todo. Recibí una carta día atrás indicándome que estaba en tratos con la señora Coogan para la compra de esos terrenos, pero no puedo darle más detalles, porque ni yo mismo los conozco. La carta no traía dirección del remitente y sólo el matasellos me permitió saber que procedía de Denver. Ah, lo único que puedo añadir es que el señor Smith decía se identificaría, él o persona de su confianza, por medio de una copia al carbón de la carta que me había escrito. Eso es todo, señor Lane.

El joven se puso en pie. Miró a través de la ventana y divisó la colina del cementerio. Le pareció que todavía brotaba una columnita de humo del lugar donde se había efectuado la salvaje cremación de la víspera.

—La camioneta era de ella —dijo Anders.

—¿Cómo? —se sorprendió Lane.

—Al comprar esta casa, la señora Coogan adquirió otros enseres, pertenecientes al comprador, los cuales iban incluidos en el lote, entre ellos esa camioneta que ella nunca hizo usar.

—Comprendo. Señor Anders, no le pregunto por el asesino, ya que estimo que usted estará tan ignorante de su identidad como yo.

El abogado hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Cualquiera de estos bárbaros pudo hacerlo —contestó—. Y quizá Cranstone conozca su nombre, pero no alzará una mano para hacer cumplir la ley.

—Seguro. —Lane dejó una tarjeta de visita sobre la mesa—. Ésta es mi dirección en Denver, señor Anders. Créame, ha sido un placer conocerle. Sus informes me obligan a quedarle eternamente agradecido.

—Creo que he cumplido con mi deber —respondió el abogado, un tanto pedante, pero sincero.

Lane salió a la calle. Junto a la puerta de la casa del abogado, estaba Cranstone, apoyado en una jamba con aparente negligencia. Casi antes de verle a él, divisó a Mary que se le acercaba, cruzando la calle en sentido oblicuo.

—Ingeniero —llamó Cranstone.

—Diga, jefe —contestó el joven, sin volver la cabeza.

—Márchese de Long Creek. Cuanto antes. Ahora mismo, si puede ser.

—¿Quiere celebrar su victoria, jefe?

—¿Cómo dice?

Mary llegó en aquel instante y contempló a los dos hombres. Lane dijo:

—La señora Coogan ha muerto. ¿Piensa que eso hará más fácil para usted la consecución de las tierras de Falls View?

La redonda cara de Cranstone se puso del color de la púrpura. Mary se abstuvo de pronunciar una sola palabra, comprendiendo que era un asunto entre los dos hombres.

—Lane, váyase de la ciudad —gruñó Cranstone—. Usted y esa maldita entrometida periodista…

—Nos iremos, es cierto, pero antes quiero hacer una cosa —dijo el joven—. Y ni usted ni nadie me lo impedirá, se lo aseguro.

—Yo he enviado una extensa información telefónica a mi revista. El director es muy amigo del Denver Courier. Es probable que a la tarde, se publique ya un relato de lo ocurrido aquí —dijo Mary, sin poder contenerse.

—¿Ha encontrado ya al asesino de la señora Coogan? —preguntó él.

Cranstone se ahogaba de rabia.

—Váyanse, váyanse…

—Mary, si tiene estómago suficiente, mire a este hombre. Quería comprar por cinco mil dólares unos terrenos que, evaluados por lo bajo, valen sesenta o setenta mil. En este pueblo hemos visto cosas

horribles, pero la más espantosa de todas es su jefe de policía —dijo Lane.

Cranstone lanzó un grito de rabia.

—¡Voy a arrestarle!

Lane se volvió por primera vez. Hasta aquel momento, había hablado sin volver siquiera la cabeza.

—Cranstone, maldito, no me toque, no se acerque a mí, no intente nada o juro que le haré pedazos, aunque luego tenga que pasarme en la cárcel el resto de mis días.

Había un fuego de ira en el rostro del joven, que impresionó y asustó a Cranstone, hasta el punto de retroceder un par de pasos. De pronto, giró sobre sus talones y se alejó con paso notablemente rápido para su corpulencia.

—Vamos, Mary —dijo—. Luego le contaré mi conversación con el abogado de Edwina.

—Sí, Clem. ¿Qué haremos ahora?

—Si no tiene valor, quédese en el hotel. En la colina hay todavía cenizas, que deben volver al seno de la tierra.

Mary sintió un ligero escalofrío.

—Iré con usted, Clem —contestó.

Minutos más tarde, se hallaban en el cementerio. Lane se quitó la chaqueta, que dejó en el automóvil. Luego se acercó a los restos del fuego de la víspera y apartó cuantos trozos de metal encontró. A continuación, por medio de la pala que había llevado consigo, empezó a trasladar las cenizas a la tumba abierta, que nadie se había ocupado de cubrir de nuevo.

Mary le contemplaba con enorme simpatía. Una vez, incluso, vio lágrimas en los ojos del joven. Quiso decir algo, pero comprendió que las palabras no servirían de nada.

De repente, vio a Lane que se agachaba y recogía algo del suelo.

—¿Qué es eso, Clem? —preguntó.

Lane levantó la mano.

—Un anillo —dijo—. Era de Edwina. Es todo lo que queda de ella… excepto estas cenizas.

Mary puso una mano sobre el brazo del joven.

—Clem, ella descansa ahora —murmuró.

—Sí —suspiró Lane—. Por fin descansa…, ¡pero su asesino sigue con vida!

Poco más tarde, la tumba quedaba cubierta de nuevo.

—Cuando las pasiones se hayan calmado, haré que un día coloquen una lápida aquí —dijo Lane.

Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Luego paseó la mirada a su alrededor.

La tumba de Mendoza estaba a pocos pasos de distancia. De allí había salido aquel monstruo, que, tras el disparo, se había convertido en un antebrazo humano. Un poco más lejos, divisó el nombre de Foreman en una lápida. En aquella sepultura, se dijo, sólo quedaba el pie de un hombre…, ¿realmente devorado por Edwina?

—¡Vámonos, Mary! —dijo de pronto. Sentíase enormemente exasperado. Quería alejarse de aquel lugar cuanto antes, temeroso de alguna explosión de ira que le llevase a cometer algún acto del que luego tendría que arrepentirse.

—Sí, Clem.

Lane se volvió un momento, cuando ya estaba a punto de entrar en el automóvil.

—¡Adiós, Edwina! —musitó.

* * *

Dos semanas más tarde, Mary, que terminaba de arreglarse en el baño, oyó el timbre de la puerta. Se envolvió precipitadamente en una bata y corrió a abrir.

Su sorpresa fue enorme al reconocer a su visitante.

—¡Clem! —exclamó—. ¡Qué alegría…!

—Hola —sonrió él, por encima del enorme ramo de flores de que era portador, junto con un paquete, envuelto en un vistoso papel de adorno—. Mary, tiene que perdonarme por no haber venido antes.

—Oh, no tiene que disculparse… Entre, por favor, estaba terminando de arreglarme. En seguida le haré un poco de café…

—¿No me dice nada de las flores? —preguntó él.

Mary cogió el ramo y aspiró el perfume largamente.

—No se puede negar que es usted un hombre galante y cortés —dijo—. Me gustan mucho, se lo aseguro.

—Gracias. Ah, le traigo otra cosa. Deje el ramo y entérese de lo que hay en el paquete.

—¡Clem, estamos en junio! Papá Noel no llega hasta diciembre —rió ella, extrañamente contenta de la visita de Lane.

—Le debo algo. ¿O no lo recuerda ya?

—Clem, Clem, es usted un…

Mary dejó las flores sobre un jarrón. Luego rompió el envoltorio del paquete. Dentro había un equipo completo de fotografía.

—Teleobjetivo, *zoom*, objetivos cambiables, *flash*… —dijo Lane.

—Esto parece un sueño —dijo ella, arrobada.

—Es lo menos que podía hacer. Mary, siento no haber venido antes. Me marché unos días fuera. Lo necesitaba. Usted me comprende, ¿verdad?

Ella le dirigió una cálida mirada.

—Sí, Clem, le comprendo —contestó.

—La verdad es que había decidido tomarme un mes de vacaciones, pero ya sabe lo que alteró mis planes. Después, sin embargo, tuve que alejarme unos cuantos días. Necesitaba reposo, serenar la mente…

Mary puso una mano sobre el brazo de Lane.

—Trate de ser animoso, Clem —dijo—. ¿Permite que termine de arreglarme? Mientras, se calentará el agua para el café.

—No tengo ninguna prisa, Mary —sonrió él—. Además, traigo noticias.

—¿Interesantes?

—Ande, vaya a arreglarse.

Ella corrió de nuevo al baño. Luego fue a su dormitorio y se vistió rápidamente, con una blusa amarilla y una falda muy corta, de color azul pálido. Lane la contempló embobado cuando volvió a la sala, con una bandeja en las manos.

Era muy diferente de Edwina, se dijo. Edwina había poseído una belleza arrebatadora, pero había sido algo más reposada, mesurada, incluso. Mary era joven, con una figura espléndida, rebosante de juventud y vitalidad.

El pelo castaño claro formaba a veces como una aureola dorada en torno a su cabeza.

Mary sirvió el café. Luego se sentó frente a su huésped.

—Y bien, ¿cuáles son las noticias? —preguntó.

—Sorprendentes —dijo Lane—. Incluso yo mismo las calificaría de estupefacientes.

—No me tenga sobre ascuas —exclamó la muchacha—. Adivino que lo que tiene que decirme está relacionado de algún modo con Edwina. ¿Se ha encontrado ya al asesino?

—No. Pero el abogado. Anders me ha escrito, diciéndome que ya abrió el testamento de Edwina, en presencia de los testigos que marca la ley. Su fortuna debe ser repartida por igual entre los familiares más próximos de sus víctimas, es decir, las familias de Mendoza y Foreman. A mí me deja la casa de Hanlon Road y…

Mary tenía los ojos abiertos, como deslumbrados.

—¿Y…?

—Y las tierras de Falls View, bajo la condición de que no las venda por ahora, hasta que me haya enterado del contenido de una carta que Anders ha de entregarme y yo abrir en su presencia.

—¡Qué extraño! —Dijo Mary—. Pero es usted un hombre afortunado; la casa y las tierras tienen un valor enorme.

—Lo daría todo por la vida de Edwina —dijo él tristemente—. Eso es algo, sin embargo, que ya no se puede conseguir. Pero espere, aún quedan más noticias.

—¿Todavía más, Clem?

—Quizá la más sorprendente, Mary.

Lane sacó algo de su bolsillo. Estupefacta, Mary se dio cuenta de que era una bala de pistola.

—¿De dónde la ha sacado? —preguntó.

—Todo el cargador de la pistola de Edwina contiene balas exactamente iguales a ésta, es decir, culote de metal y punta de madera. Muy dura, por lo que he podido apreciar.

Mary tomó la bala, separada del cartucho de proyección. La parte de madera, aproximadamente, la mitad longitudinal del conjunto, tenía forma de ojiva, con la punta levemente redondeada.

—Incomprensible —murmuró.

—Eso es lo que yo digo —contestó Lane—. Y si no estoy equivocado, la bala que disparé contra el monstruo que salía de la tumba de Mendoza era idéntica a esa que tiene usted en la mano.

—Pero… ¿por qué iba a tener Edwina una pistola con balas de madera?

—La mitad posterior, el culote, es de metal, para evitar que la madera se desintegre con el disparo. Pero no comprendo el objetivo de esta clase de proyectiles, a menos que se trate de algo

relacionado con la magia.

—¿Magia? —murmuró ella.

—Lo que vimos en Long Creek, ¿no era fantástico, Mary?

Ella se irguió de pronto en su silla.

—Clem, antes ha dicho que Anders guarda una carta que debe abrir en su presencia —exclamó.

—Sí, Mary.

—¿Cuándo parte hacia Long Creek?

Lane sonrió.

—Esperaba esa pregunta —dijo—. Mañana, a las ocho, tocaré la bocina de mi coche en la puerta de su casa.

CAPÍTULO VII

El último cliente se marchó. Jeannie Hawton, fatigada después de una larga jornada de trabajo, recogió algunos servicios y los llevó a la cocina. Por la mañana, vendría una mujer que se encargaría de fregar la vajilla.

Mills estaba en su despacho. Jeannie asomó la cabeza.

—Me voy —anunció.

—¿No queda nadie, Jeannie? —preguntó el dueño del local.

—No, señor.

—Entonces, buenas… —De pronto, Mills oyó el ruido de la puerta exterior—. Parece que viene alguien. Atiéndelo, Jeannie.

—¿Quién diablos vendrá a molestar a estas horas? —rezongó la camarera.

Abandonó el despacho y se encaminó a la cafetería. Apenas había llegado a la sala, lanzó un chillido que hizo retemblar los vidrios.

Mills levantó la cabeza.

—Esa loca…

En la sala, Jeannie, con los ojos fuera de las órbitas, retrocedía paso a paso.

—No, no es posible… Jim, tú estás muerto… Te enterraron…

El hombre que había entrado en el bar sonrió tristemente.

—Estoy vivo y tengo hambre, Jeannie —dijo.

La camarera sintió que la cabeza le daba vueltas. Delante de él había un hombre a quien ella había conocido muy bien. Foreman aparecía delgado, con el rostro verdoso y las ropas medio podridas, despidiendo un espantoso olor a cosa muerta.

—Tengo hambre, Jeannie —repitió Foreman—. Comida, comida…

Ella seguía sin hablar, Tenía la lengua pegada al paladar.

Foreman continuaba avanzando y suplicando que le diese algo de comer.

De repente, Jeannie rompió a reír histéricamente. Dio media vuelta y se alejó dando tropezones con los muebles. Llegó a la cocina y salió por la puerta posterior, sin dejar de lanzar frenéticas carcajadas, presa de un incontenible ataque de histerismo, traducido en una demente hilaridad.

Mills oyó las risas y frunció el ceño. Luego, resoplando ruidosamente, se puso en pie y salió del despacho.

Vio a Foreman. Su papada se puso a temblar. Los dientes castañetearon. ¿Acaso estaba soñando?, se preguntó.

—Señor Mills, tengo hambre. Quiero comida… —dijo Foreman.

El hombre tragó saliva.

—Sí, claro… Ahora mismo te traeré algo… Sí…, siéntate ahí y espera…

—No tarde, señor Mills; llevo semanas enteras sin probar bocado.

Mills creyó que los escasos cabellos que aún tenía se le ponían de punta. Con piernas vacilantes, dio media vuelta y se metió en el despacho.

Levantó el teléfono. Quería llamar al comisario. Cranstone debía saber que Foreman no estaba muerto, que había salido de su tumba…

En su precipitación, equivocó el número. Al otro lado de la línea, alguien se levantó, rezongando y echando pestes contra la persona que le despertaba a medianoche. Cuando oyó la voz de Mills, le llamó borracho primero, luego nombró crudamente a sus antepasados y, finalmente, lo envió al diablo.

Mills comprendió que había hecho una llamada equivocada. Cuando se disponía a marcar de nuevo el número, sintió que algo le tocaba en el hombro.

Se volvió. Un horrible alarido brotó de su garganta.

Una especie de tentáculo se enroscó en torno a su cuello. Más tentáculos salieron de aquella cosa en que se convertía Foreman rapidísimamente. El dueño del local se sintió envuelto por una masa helada, que le asfixiaba y ahogaba, pero que, de pronto, pareció despedir un fuego abrasador, en el que se sintió hundirse irremisiblemente. Aquel horrendo calor le hizo perder el sentido en

pocos momentos.

En sus últimos instantes de vida, Mills se dio cuenta de que iba a ser devorado por aquella cosa sin nombre. Pero la pérdida de conocimiento sobrevino rápida y piadosamente.

* * *

El coche se detuvo ante la fachada del Magnus Hotel. Lane y Mary se apearon. Ella portaba un bolso de viaje. Lane se hizo cargo de un par de maletines.

El conserje, Joe Larson, les recibió con una cálida sonrisa.

—Me alegro de saludarles —dijo—. Tomarán una habitación, supongo.

—Separadas, Joe —indicó Mary maliciosamente.

—Por supuesto, señorita. Tengan la bondad de firmar, por favor.

Larson tomó dos llaves. Luego, acodándose en el mostrador, dijo:

—Supongo que habrán llegado a causa de las últimas noticias.

—¿Qué noticias, Joe? —preguntó Lane.

—Anoche ocurrió algo horrible, señor. Jeannie está arriba en su habitación, atendida por una enfermera. Dice que vio vivo a Jim Foreman y que le pedía comida. El médico asegura que ha sufrido una terrible impresión, pero que se debe, tal vez, a una monumental borrachera. Puede que tenga razón, pero a mí me extraña muchísimo. De Jeannie se pueden decir bastantes cosas, salvo que le dé por beber. Hombre, una copa de cuando en cuando, no digo…, pero emborracharse y pescar un «deli…», bueno, no sé cómo lo dijo el médico, pero es algo horrible…

—*Delirium tremens* —puntualizó Lane, muy preocupado.

—Sí, eso mismo… Claro que dijo también que es accidental, que se le pasará pronto… Lo peor, sin embargo, es lo del pobre señor Mills.

—¿El dueño del hotel, Joe?

—Sí, señor. Algo se lo comió. Sólo se ha encontrado una mano.

Mary se puso una de las suyas en la boca.

—Joe, por favor…

—Le pido perdón, señorita, pero yo no hago más que contarles lo que pasa. Muchos dicen que es la señora Coogan, resucitada, para seguir devorando a las personas…

Lane tomó una decisión en el acto.

—Joe, muchas gracias por lo que nos ha dicho —exclamó—. ¿Cuál es la habitación de Jeannie?

—En el ático, señor; la segunda puerta a la izquierda.

Lane dejó el equipaje en el suelo y echó a correr hacia la escalera. Mary le siguió, tras unos segundos de indecisión.

Instantes después, Lane abría una puerta. La enfermera que estaba allí se volvió en el acto.

—Salga —ordenó—. La paciente no puede recibir visitas.

—La mía, sí —dijo Lane con firme acento—. ¡Jeannie! —llamó.

Jeannie estaba dormida. Oyó la voz del joven y abrió los ojos.

—Clem —gimió.

Lane se acercó a la cama.

—Jeannie, cuéntame lo que ha sucedido —pidió.

—Bebió demasiado y el alcohol le produjo una terrible intoxicación, durante la cual vio cosas fantásticas —dijo la enfermera despectivamente.

—Cállese, señora —barbotó Lane, que empezaba a hartarse no sólo del tono de hostilidad de la enfermera, sino de su aire de pedante suficiencia, que le resultaba insoportable.

—Si no se marcha de aquí, iré a avisar al doctor…

Lane se irguió para encararse con la mujer.

—Sí, irá a avisar al médico, pero saliendo por la ventana —dijo, con ojos que echaban lumbre.

La enfermera se amedrentó. Luego acabó por encogerse de hombros y dejó la habitación.

Lane cogió una silla, se sentó junto a la cama y tomó la mano de la camarera.

—Habla sin miedo, Jeannie; yo no creo que estés así a causa de una borrachera —dijo.

—Te juro que no había probado gota de licor —dijo la enferma —. El médico de Long Creek es un ignorante, créeme. No sabe cómo explicar lo que ha pasado y…

—Está bien, está bien, procura no alterarte. Háblanos, Jeannie, cuéntanos lo que pasó anoche.

La camarera emitió un hondo suspiro. Luego sonrió levemente.

—Estando tú aquí me siento mucho mejor —dijo—. No fue más que el susto, pero es que lo que vi fue tan horrible…

Jeannie habló, durante algunos minutos. Al terminar, Lane parecía perplejo. La historia le parecía fantástica, pero intuía una casi absoluta realidad en todo lo que le había relatado la joven.

—Entonces, no hay duda de que era Jim Foreman —dijo.

—Era él, Clem —aseguró Jeannie—. No puedo equivocarme, le he servido infinidad de veces en el bar y en el restaurante. Parecía recién desenterrado… tenía la cara verdosa, las ropas casi podridas, olía espantosamente…

—Debió de ser una visión horripilante —supuso Mary.

Jeannie asintió.

—No lo olvidaré jamás…

Lane aparecía muy pensativo. Ciertamente, no cabía dudar de la reaparición de Foreman, el joven supuestamente devorado por Edwina. Pero, al mismo tiempo, Foreman había devorado a Mills.

—Jeannie, tienes que tranquilizarte y olvidar lo que ha ocurrido —dijo con acento afectuoso—. Puede que algún bromista quisiera divertirse a tu costa…, e incluso no me extrañaría que Mills se hubiera escondido para hacer correr la especie de que Edwina se lo ha comido…

La camarera sonrió.

—Ese tipo gordo sería capaz de cualquier cosa —contestó—. Ninguna otra mujer quería trabajar en su negocio. Yo le mantenía a raya constantemente y él se aguantaba, porque me necesitaba.

—Sí, comprendo. Bien, ahora procura descansar. La Señorita Emerson y yo tenemos trabajo. Volveremos otro rato, Jeannie.

—Gracias a los dos —sonrió la camarera, mucho más aliviada.

En el pasillo, Lane miró a la hosca enfermera y le señaló el cuarto con el pulgar.

—Cuídela como se merece y olvide lo de la borrachera —dijo con voz imperativa.

—Sí, señor —contestó la mujer, notablemente impresionada por la expresión de firmeza que se advertía en el rostro de Lane.

Mary y el joven salieron a la calle. En la puerta, Lane se detuvo para encender un cigarrillo.

—Clem, ¿qué opina usted? —preguntó la muchacha.

—Los dos vimos algo horrible en el cementerio y salía de la tumba de Mendoza. Si hace un poco de memoria, recordará que tras su muerte, se encontró la prótesis que le había sido implantada eh

la pierna, a raíz de su herida en el Vietnam. En esa prótesis quedaban todavía rastros de sustancia orgánica.

—Sí, es cierto —dijo Mary.

—Bien, de Foreman se encontró solamente un pie. Y Foreman ha vuelto a la vida. ¿No le da eso mucho que pensar, Mary?

Ella le miró horrorizada.

—Estoy pensando… en si esos pobres hombres se habrán convertido en una especie de «no-muertos», que permanecen en sus tumbas durante el día y por la noche salen a buscar víctimas, con las cuales saciar su irrefrenable apetito de carne humana.

—Unos vampiros de nueva especie, ¿no?

—Exactamente, Clem.

—Sólo que, en lugar de sorber la sangre de sus víctimas, se las comen prácticamente enteras.

Lane y Mary callaron durante un instante. Luego, él, de pronto, se apoderó del brazo de la chica.

—Vamos a ver al abogado —dijo—. Tiene una carta para mí.

* * *

Craig Anders emitió una de sus untuosas sonrisas al ver la pareja. Después de los primeros saludos, dijo:

—En efecto, puedo asegurarles que el testamento de la señora Coogan causó verdadera sensación en Long Creek. Como pueden comprender, las familias de sus víctimas, han resultado altamente beneficiadas, dado que la fortuna de la señora Coogan alcanzaba cifras muy respetables. En cuanto a usted, ya lo sabe, es el propietario legal de la casa de Hanlon Road y de las tierras de Falls View.

—Nunca me pasó por la mente que Edwina me dejara algo en su testamento —contestó Lane—. Pero tampoco puedo rechazar la herencia. Usted, por supuesto, señor Anders, se encargará de los trámites legales en lo que a mi parte de esa herencia se refiere. Si es necesario, le concederé poderes legales para que actúe en mi nombre, excepto para una operación de venta.

—Usted es el dueño —sonrió Anders—. Y ya que estamos en ello, recordará que le dije algo sobre una carta que la señora Coogan había dejado para usted.

—Si, en efecto.

—La tengo aquí. Según el testamento, debo entregársela personalmente y ver que se entera de su contenido. Es disposición de la difunta señora Coogan. Estimo que quería cerciorarse de que usted recibía la carta.

—Sí, entiendo.

Anders se levantó y abrió una caja fuerte donde guardaba documentos de importancia de sus clientes. Momentos después, Lane tenía la carta en su poder.

—Me la entregó dos días antes de su muerte, para unirla al testamento —manifestó el abogado—. Ahora bien, lo hizo bajo la condición de que no dijera nada, hasta después de su muerte.

—¿Cree que ella presentía su próximo fallecimiento?

—Se sentía muy pesimista, terriblemente deprimida, pero no dijo nada acerca de las causas de su estado de ánimo.

—Ya —murmuró Lane.

Con una plegadera, rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla escrita a mano. Mary le contempló con infinita atención, mientras leía la carta en completo silencio y sin hacer el menor comentario sobre su contenido.

El rostro de Lane adoptó una grave expresión al terminar la lectura. Pero aun así, continuó guardando silencio acerca de lo que Edwina había escrito antes de morir. Lane dobló la misiva cuidadosamente y la guardó en un bolsillo.

—Me alojo en el Magnus Hotel —dijo—. Téngame al corriente de cualquier novedad que pudiera surgir durante mi estancia en Long Creek.

—Así lo haré, señor Lane —contestó el abogado—. Ah, las llaves de la casa de Hanlon Road. Ahora es usted el propietario legal.

Lane guardó las llaves y se puso en pie.

—Muchas gracias por todo, señor Anders. Por cierto, he oído que Tía sucedido algo raro. Usted ya sabe de qué se trata, de modo que no entraré en explicaciones. Sólo quiero saber su opinión.

Anders puso cara seria.

—Algunos opinan que la señora Coogan ha extendido una horrible epidemia en el pueblo. Ella ya se consumió por completo en el fuego…, pero ¿qué sucederá con los que no ardieron?

Lane hizo un gesto de asentimiento.

—Algo habrá que hacer —dijo—. Gracias una vez más, abogado.

De pronto, Anders levantó la mano.

—Ah, olvidaba una cosa, señor Lane. Ayer vino un hombre, manifestando sus deseos de comprar los terrenos de Falls View. Yo le dije que no podía hacer nada sin el consentimiento del nuevo propietario, naturalmente. El hombre declaró estar dispuesto a hacerle una oferta excelente, en mi opinión.

—¿Cuánto? —preguntó Lane.

—Cien mil por los terrenos de Falls View y veinticinco mil por la casa de Hanlon Road. Creo que es una buena oferta…

—¿Cómo se llama ese sujeto, señor Anders?

—John Hortzely. Me pareció de origen húngaro, pero eso es todo lo que puedo decirle.

—Está bien. ¿Vamos, Mary?

—Adiós, señor Anders —se despidió la muchacha, que en todo el tiempo había permanecido silenciosa.

CAPÍTULO VIII

A Mary le intrigaba terriblemente el contenido de la carta de Edwina, pero Lane no había dicho nada ni parecía dispuesto a revelar el mensaje, de manera que tuvo que resignarse a permanecer en la ignorancia. No obstante, presentía que la carta era de suma importancia. Y, filosóficamente, decidió ser paciente. Lane revelaría su contenido cuando lo creyera conveniente.

—Ahora es usted un hombre acaudalado —dijo ella, sonriendo, una vez estuvieron en la calle—. La casa es bonita, todo hay que decirlo; y en cuanto a las tierras de Falls View…

—La casa no me gusta demasiado y quizá la venda, ya que Edwina no dijo nada en contrario. En cuanto a Falls View, no conozco aún aquel lugar y me gustaría echarle un vistazo. ¿Quiere acompañarme, Mary?

—Será un placer —contestó ella.

Lane consultó el reloj. Apenas eran las doce del mediodía. Habían salido de Denver a las ocho y en dos horas se habían plantado, en Long Creek.

—De todas formas —dijo—, antes me gustaría ver la casa de Hanlon Road. Tenemos tiempo de sobra para todo… incluso para almorzar en alguna parte.

—Oh, Clem, después de lo que he oído, ¿cree que tengo ganas de comer?

Lane sonrió, a la vez que empujaba a la muchacha hacia un *snack-bar* cercano.

—Es preciso sobrevivir —dijo, de buen humor.

Media hora después, se detenían ante la puerta de la casa de Edwina. Lane sacó las llaves y abrió.

—Descorra las cortinas, Mary —indicó.

El silencio era absoluto. Lane paseó la vista por la sala donde

había tenido lugar la trágica escena sucedida semanas antes. En aquel diván, se dijo, había fallecido una mujer hermosa y buena, misteriosamente asesinada por alguien cuya identidad permanecía, por el momento, en el incógnito.

—Con la complicidad de Cranstone —dijo, sin darse cuenta de que expresaba sus pensamientos en alta voz.

—¿Cómo, Clem? —preguntó Mary.

—Decía que el asesino de Edwina sigue sin identificar, debido a la negligencia, probablemente deliberada, de un *sheriff* complaciente, cuando no cómplice del hecho.

—Sí, yo también pienso lo mismo. Clem, aquí hay cosas de valor que fueron de Edwina y ahora le pertenecen a usted. ¿Qué piensa hacer con todo? ¿Lo regalará a alguien?

—Si ve algo que le gusta, tómelo sin escrúpulos —contestó él—. Edwina era mujer de gusto y yo me quedaré, probablemente, con algunos cuadros y los libros. Lo demás…

De repente, se interrumpió para lanzar una exclamación.

—¿Qué sucede, Clem? —exclamó la muchacha.

Lane no contestó. Se arrodilló frente al diván y examinó su respaldo. Mary pudo ver un agujerito en la tapicería.

—Parece una quemadura de cigarro —observó.

—No es una quemadura —contradijo él.

Lane se puso en pie y tiró del diván para mirar polla parte posterior. Al no ver otro agujero en la trasera del respaldo, se dirigió a la cocina, de la que volvió al poco con un afilado cuchillo.

Mary contemplaba sus acciones con enorme interés. Al cabo de unos momentos, Lane levantó la mano derecha para enseñar el objeto que había encontrado en el interior del respaldo del diván.

—¡Una bala de boj! —exclamó Mary.

—Sí, justamente, y ahora me alegro de que no se practicara la autopsia al cuerpo de Edwina. Se habría visto que el proyectil atravesó su cuerpo, tal vez habrían venido a buscarlo y… Por el momento, prefiero que la gente ignore que fue asesinada con una pistola que dispara balas de madera.

Mary tendió la vista hacia la ventana, desde la que había partido el disparo fatal. Sí, la trayectoria del proyectil coincidía con la posición de Edwina y el agujero que había aparecido en el diván.

—Clem, la pistola de Edwina… también contenía balas de

madera de boj —murmuró Mary—. ¿Por qué esa madera en los proyectiles de un arma de fuego?

—Pues…

Lane no pudo dar la respuesta que esperaba Mary. De pronto, oyeron una voz profunda que sonaba a sus espaldas:

—¿Molesto?

Mary y el joven se volvieron al mismo tiempo. Ella divisó al recién llegado y no pudo evitar un gritito de sorpresa.

* * *

El hombre era alto, delgado, de rostro chupado y ojos muy brillantes. Vestía correctamente y llevaba en la mano derecha un portafolios de aspecto corriente.

—Soy John Hortzely —se presentó—. Si no me equivoco, tengo delante de mí al señor Clem Lane, actual propietario de esta casa y de unos terrenos situados en el paraje denominado Falls View.

—En efecto, yo soy Lane. Señor Hortzely, ésta es la señorita Emerson.

—Encantada —dijo Mary.

Hortzely hizo una inclinación de cabeza.

—Es un placer, señorita —contestó—. Señor Lane, creo que tengo una oferta interesante para usted…

—Sólo por la casa y estrictamente lo que es el inmueble, más el jardín circundante, pero no admitiré ofertas por lo que contiene el edificio. En cuanto a los terrenos de Falls View, rotunda y definitivamente, si ha pensado en comprarlos, olvídelo, señor Hortzely.

El visitante pareció sentirse desencantado al oír aquellas frases.

—No puedo forzarle a una venta que no es de su agrado —dijo —. Pero tal vez, con el tiempo, mude de opinión.

—¿Quién sabe? —sonrió Lane.

—El tiempo obra maravillas en el modo de pensar de los seres humanos —dijo Hortzely un tanto filosóficamente—. La oferta por la casa es de veinticinco mil dólares.

—Treinta mil.

Hortzely pareció dudar un momento.

—Está bien, treinta mil —dijo al cabo—. Puesto que no vende los muebles y demás, ¿cuándo cree que estará libre el edificio?

—Oh, una semana aproximadamente. Hablaré con el abogado Anders y él se ocupará de la parte burocrática del trato.

—Muy bien, yo me entenderé igualmente con él. Señorita, señor Lane…

Hortzely hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Mary había quedado muy impresionada por el singular aspecto del sujeto.

—Parece un vampiro de película —comentó.

—Puede que lo sea en la realidad —dijo Lane sorprendentemente.

—¿Eh…?

—Se lo explicaré otro rato —sonrió él—. Bien, ¿qué pasa con la excursión a Falls View?

—Muy bien, así como así, estoy ardiendo en deseos de conocer el lugar.

Mary se dirigió hacia la puerta. Abrió, y se dio de bruces con un hombre, lo que le hizo lanzar un chillido de susto.

—¿Qué pasa? —Refunfuñó Cranstone—. ¿Acaso soy el diablo?

Mary se había puesto una mano en el pecho, para contener los tumultuosos latidos de su corazón. Lane se acercó a la puerta.

—No sé si será usted el diablo, jefe; pero de lo que sí estoy seguro es de que usted es uno de sus más fieles servidores —dijo cáusticamente.

—Me está insultando…

—Se insulta usted a sí mismo y al cargo que ostenta, con su actuación negligente e inescrupulosa, pero no soy, yo quien más le tiene que censurar, sino sus conciudadanos.

—¿Ha leído mis artículos en el Weekly? —preguntó Mary.

—Corrosivos —gruñó Cranstone.

—Veraces —dijo Mary—. Fieles a la realidad.

—Mary, creo que el jefe Cranstone no ha venido aquí para quejarse de la prensa —intervino Lane—. ¿Me equivoco?

—No —dijo el aludido—. He venido oficialmente, para conminarles a que abandonen la ciudad.

—Se equivoca, amigo. Soy propietario de una casa y unas tierras y ello, además de una profesión reconocida y de un empleo garantizado, aparte de mis informes y conducta personales, me dan pleno derecho a permanecer en Long Creek todo el tiempo que quiera. En cuanto a la señorita Emerson, está aquí en cumplimiento

de un deber informativo. Toda la prensa de Denver se le echaría a usted encima si nos expulsara sin motivos.

—Puedo hacer…

—Usted no puede hacer nada que no esté dentro de la ley —cortó Lane secamente—. Y ya creo que hemos hablado bastante. Si no tiene nada más, que decir… Preferiría olvidar hechos tales como la ridícula oferta de cinco mil dólares por unas tierras que, mal pagadas, valen de sesenta a setenta mil y por las cuales ya tengo una oferta de cien mil.

Cranstone abrió la boca, estupefacto.

—Así es, jefe —confirmó Lane con una sonrisa—. Vámonos ya, Mary.

Lane empujó al atónito policía para separarlo de la puerta. Luego cerró y dio dos vueltas a la llave.

Con el pulgar, señaló a sus espaldas:

—Recuerde, esta casa tiene ahora dueño legal —concluyó.

Cuando subieron al coche, Cranstone no había reaccionado todavía.

—Se ha quedado de piedra —comentó la muchacha, momentos después.

—Lástima que sea sólo una metáfora —sonrió él—. Sí, es una lástima, Clem.

* * *

Mary lanzó un grito de admiración y juntó las manos, extática, arrobada ante la belleza del paisaje que estaba contemplando. Había un extenso prado, lleno de hierba y florecitas silvestres, situado al pie de una empinada ladera, cubierta de pinos y abetos. En uno de los extremos se veía la cascada que daba su nombre al lugar, desplomándose desde unos diez o doce metros de altura, para seguir luego en un torrente tumultuoso, que se perdía a lo lejos, entre las numerosas vaguadas y cañadas que abundaban en el lugar. Hacia el norte, las colinas se convertían casi en montañas y la frondosidad y abundancia de su arbolado, aparte del interés estrictamente económico, conferían al lugar un singular atractivo.

Al cabo de unos momentos, Mary se volvió hacia el joven y, con ojos brillantes, dijo:

—¡Clem, no venda! ¡No venda jamás este paraje tan hermoso!

Todo el oro del mundo no sería suficiente para pagar esta perspectiva tan maravillosa.

Lane sonrió ante el entusiasmo de la muchacha.

—No pienso vender, en efecto —contestó—. Es más, quizá con el tiempo me haga construir una casa para pasar fines de semana y vacaciones…, pero por el momento, mis fondos no me permiten ese lujo.

—Le van a dar treinta mil dólares por la casa de Hanlon Road.

—Lo sé, pero no quiero construir aquí un edificio que parezca una cabaña. Tampoco pretendo un palacio de Oriente, aunque sí algo que esté de acuerdo con mis gustos.

—Y los de su futura esposa.

—Estoy soltero, Mary.

—Algún día se casará, Clem.

—No lo dudo, aunque, por el momento, es prematuro hablar del asunto. Antes es preciso encontrar al conde Wegerhazy.

Mary arqueó las cejas, vivamente sorprendida por aquella respuesta.

—¿Quién es ese personaje? —inquirió.

—En su agonía, Edwina mencionó algo de un conde. En aquellos instantes, yo pensé que podía referirse a un punto geográfico: conde y condado son dos palabras que, mal pronunciadas, pueden dar lugar a confusiones. Hoy ya sé que ella quiso pronunciar el nombre del conde Wegerhazy, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

—¿Un conde húngaro… aquí, en Colorado? ¿No le parece extraño, Clem? —dijo ella.

—Extraños son los motivos de su presencia en el país, ciertamente —convino Lane—. Pero incluso eso es lo de menos. Lo importante es que fue el conde Wegerhazy el que, por decirlo así, «contagió» a Edwina de lo que podríamos llamar la enfermedad del canibalismo.

Mary miró al joven, como si temiese que éste hubiera perdido la razón. Lane meneó la cabeza, a la vez que sonreía tristemente.

—No, no son fantasías mías —continuó él—. Lo dice Edwina en su carta, escrita en prevención de que le sucediera algo antes de que yo pudiese acudir a su llamada. Ella, por su parte, me había llamado muchas veces por teléfono, pero yo estaba fuera, ocupado en mi trabajo. Por dicha razón me escribió dos cartas: una que

recibí en Denver y otra que me ha sido entregada hoy.

—Pero… ¿cómo pudo el conde Wegerhazy «contagiar» a Edwina esa extraña enfermedad? —preguntó Mary, atónita.

Lane empujó a la muchacha suavemente hacia el automóvil.

—Se lo contaré por el camino —contestó—. Pero debe saber una cosa: debemos acabar con el conde o esa enfermedad se propagará inconteniblemente. Y muchas más personas podrán acabar como Edwina, como Mendoza o Foreman o Mills. Aún más, tenemos que hacer algo muy desagradable y no sé si me lo concederán, pero creo que debo intentarlo para evitar una catástrofe.

Capítulo IX

Peter Grogan era el médico de Long Creek y se negó en redondo a la petición de Lane.

—¿Está loco? ¿Cree acaso que vivimos en la Edad Media, donde eran admitidas como realidad leyendas que no eran sino elucubraciones fantásticas, surgidas de mentes calenturientas, de mujeres histéricas en su mayoría?

—Doctor, yo le ruego considere la situación tal como es y no como aparece a los ojos de quienes no han visto las cosas en la realidad. Jeannie no vio visiones…

—Se emborrachó abyectamente. ¡Esa zorra!

—¡Doctor, modere su lenguaje! —Se encrespó Lane—. Jeannie tendrá sus defectos, y puede que sea ligera de cascos, pero no es una habitual del alcohol. Usted conoce bien a la gente de Long Creek. ¿Cuándo ha visto borracha a Jeannie? Si creía que estaba embriagada, ¿por qué no le hizo un sencillo análisis de sangre? Lo que sucede es que usted quiere seguir la vía más cómoda, la que le evita el trabajo de pensar…

—¡Basta, señor Lane! —Cortó, irritado, el doctor Grogan—. Lo que me propone usted es inadmisible. Una barbaridad, una evidente falta de respeto a los muertos, ¿me oye? Por más que insista, no autorizaré nunca la exhumación de los cuerpos de Foreman y de Mills… los que usted llama cuerpos, claro, porque del primero sólo quedó un pie y del segundo una mano solamente. Estamos tratando de encontrar al misterioso ser que los devoró y eso es todo lo que estoy dispuesto a hacer.

—Pero admitió, como los demás, que Edwina había devorado a Mendoza y a Foreman. Y no se opuso a que sacaran el cuerpo de Edwina y lo quemasen en una pira funeraria.

—Era el deseo de la mayoría.

—Una mayoría fanática e ignorante, todo hay que decirlo. Está bien, doctor; si se producen más muertes de ese género, usted será el responsable.

Lane se puso en pie. Mary, presente en la entrevista, le imitó.

—Creo que ha perdido el tiempo, Clem —dijo la chica.

—Eso es lo que estoy viendo. Adiós, doctor.

Grogan no dijo nada. Antes de salir, Lane se volvió.

El médico, muy pensativo, continuaba sentado tras su mesa de trabajo, sobre la cual golpeaba con los dedos de la mano, con un tabaleo rítmico que indicaba bien a las claras su preocupación.

El tiempo había pasado y anochecía ya. Lane propuso a la muchacha cenar en el restaurante de Mills.

Sorprendentemente, el restaurante funcionaba. Larson, el conserje del hotel, que hacía de camarero, les dio una explicación satisfactoria:

—La señora Mills me ha encargado del negocio —dijo—. No tiene quien se ocupe del restaurante y ha decidido que lo haga yo. Claro, que de momento, la cosa funciona deficientemente, pero todo es cosa de contratar más personal… y de que se reponga Jeannie, la que, dicho sea entre paréntesis, atraía mucha clientela.

—Sí, comprendo —sonrió Lane—. Le felicito, Joe.

Larson se inclinó.

—Gracias, señor. La cena estará dentro de unos minutos.

Comieron sin demasiado apetito, casi por rutina. El restaurante estaba vacío.

—La gente tiene miedo —observó Mary.

Lane asintió. Long Creek parecía una ciudad sitiada por el terror.

De pronto, se detuvo un coche frente al restaurante. Su ocupante se apeó y entró en el local.

Mary lo vio y sintió un escalofrío. El recién llegado era un sujeto corpulento, vestido enteramente de negro, con alzacuello blanco, lo que le daba aspecto de clérigo. Usaba unos lentes anticuados, con montura de oro, y tenía las manos cubiertas por unos guantes de fina piel negra.

El desconocido se sentó ante una mesa y se descalzó los guantes sin prisas. Larson acudió a tomar el pedido. Escuchó brevemente, asintió y se retiró a la cocina.

Mary se inclinó hacia adelante.

—Clem, ¿será ése el conde Wegerhazy? —cuchicheó.

—No, pero voy a averiguarlo ahora mismo —respondió el joven.

Lane se puso en pie y cruzó el salón. Llegó a la mesa ocupada por el tétrico forastero e hizo un ligero saludo con la cabeza.

—Perdón, caballero —dijo—. Soy Clem Lane, ingeniero, de Denver, Colorado. Su cara me parece vagamente conocida y… ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

El forastero sonrió.

—No lo creo, señor Lane —contestó—. Soy el doctor Ewin Mortenoo, de Topeka, Kansas, y mi presencia en Long Creek obedece a motivos puramente profesionales.

—Siento haberme equivocado, doctor —dijo Lane—. Entre esos motivos profesionales que le han traído aquí, ¿figura por casualidad su interés por cierta casa de Hanlon Road? —preguntó inesperadamente.

—No he venido aquí a hacer negocios —declaró el doctor Mortenoo secamente—. Y ahora, si me lo permite, tomaré la cena que ya me sirven.

—Le ruego me excuse, doctor —se despidió Lane cortésmente.

Mortenoo hizo una leve inclinación de cabeza y empezó a desplegar la servilleta. Lane regresó a su mesa.

—No es el conde —dijo.

—Vaya un apellido raro —comentó Mary, después de haberse enterado del breve diálogo habido entre Lane y el forastero—. ¡Puede que sea el médico personal del conde Drácula! —añadió jovialmente—. Antes de permitirle que chupe la sangre de sus víctimas, le enseñará un análisis satisfactorio, ¿no le parece, Clem?

Lane sonrió. En aquel momento, se oyó un grito muy agudo, pero seco y cortado, sin demasiado volumen:

—¡Wilbur! ¿De dónde demonios sales?

Lane se irguió en su silla. Wilbur era el nombre de Mills, el dueño del negocio, devorado por Foreman o la horrible cosa en que éste se había convertido.

La voz de Larson sonó a continuación en la cocina:

—¡Señora Mills! ¿Con quién está hablando? —preguntó el hombre.

Lane se puso en pie y echó a correr hacia el despacho, coincidiendo en la puerta con Larson. Al abrir vieron a Emily Mills

en pie, junto a la mesa, con la cara blanca como la nieve y una mano en el pecho.

—He… he creído ver visiones… Me pareció que mi esposo estaba al otro lado de la ventana…

Lane atravesó la estancia, levantó el bastidor y sacó medio cuerpo fuera. Detrás de él, Larson dijo:

—Creo que le convendría irse a dormir, señora Mills. No hay demasiada gente y yo puedo atender perfectamente el negocio.

—Sí…, está… está bien, Joe…

Lane se volvió.

—No hay nadie aquí fuera —dijo.

—Siento haberles molestado —se disculpó la mujer con voz débil.

Larson miró al joven y meneó la cabeza. Después de que Emily se hubo marchado, dijo:

—Pobre mujer. La muerte de su esposo la afectó muchísimo.

—Se comprende —sonrió Lane.

Larson se dirigió hacia la puerta.

—Con su permiso, señor; tengo trabajo…

—Claro, Joe.

Lane regresó junto a Mary.

—La señora Mills tiene los nervios alterados y creyó ver la cara de su esposo al otro lado de la ventana —explicó.

Mary se mordió los labios.

—Clem, Mills murió devorado por Foreman. Los seres que mueren en esas condiciones no mueren del todo. Foreman puede salir otra vez de su tumba… y también Mills, a pesar que de él quedó solamente una mano. ¿Qué se podría hacer para evitar que continuaran el «contagio» de esa horrible enfermedad?

Lane hizo un gesto negativo.

—Francamente, no lo sé —contestó—. El doctor Grogan se negó a permitir la exhumación de los cadáveres de las personas muertas en estas condiciones y yo temo que las muertes continúen. Si pudiéramos convencer a alguien de la necesidad de hacer algo en este sentido, daríamos un gran paso, pero Cranstone no querrá ni oírnos hablar. En cuanto a Grogan, ya conoce usted su actitud hostil.

—Sí, es cierto —convino la muchacha pensativamente—. Clem,

¿qué pasaría si Foreman o Mills salieran de su tumba?

Mary podía haberle hecho esa misma pregunta a Larson, quien, en aquellos momentos, tenía la cabeza rodeada por un viscoso tentáculo que le impedía hablar. Detrás de él, había una masa de sustancia gris verdosa, repugnante, cuya epidermis era recorrida por espasmódicas ondulaciones de notable rapidez. Otro tentáculo rodeó la cintura de Larson y el hombre y la cosa cayeron al suelo.

Pero Larson tenía todavía una mano libre y, al notar que caía, intentó buscar un asidero. Lo único que consiguió fue derribar un conjunto de platos, que se rompieron contra el suelo con gran estrépito.

—¿Qué pasa en la cocina? —preguntó Mary, extrañada por el ruido.

—Joe no parece muy hábil con la vajilla —contestó Lane con una sonrisa.

Mary se levantó.

—Iré a ver si necesita ayuda —dijo.

La muchacha atravesó el pasillo y llegó a la puerta de la cocina. Un estridente alarido brotó de su garganta en el acto:

—¡Clem, la cosa está devorando a Larson!

Lane se puso en pie de un salto y echó a correr. Pero aún fue menos rápido que Mortenoo, quien le ganó la acción con increíble rapidez.

—Déjeme a mí —dijo el forastero.

Mortenoo avanzó a través del corredor. Mary se arrojó en brazos de Lane.

—¡Qué horrible! —Gimió la muchacha—. ¡Lo está devorando vivo…!

Lane miró hacia la cocina. Un brazo y una pierna de Larson sobresalían de la masa que estaba en el suelo, de la que se desprendía un hedor irresistible. De pronto, vio que Mortenoo sacaba una pistola.

El arma detonó sin demasiado ruido. Lane pudo ver el orificio de entrada de la bala. Entonces ocurrió algo increíble.

En unos pocos segundos, la masa informe se convirtió en el cuerpo de una persona. Ciertamente, estaba sin ropas, pero Lane pudo reconocer perfectamente a Mills.

Retrocedió, aterrado. Junto al cadáver de Mills, se divisaba el

cuerpo de Larson, inmóvil, apenas sin ropas ya y con unas horribles señales rojizas que cubrían la mayor parte de su cuerpo.

Mortenoo se volvió hacia la pareja.

—Ese pobre camarero ha muerto, pero, por fortuna, no se convertirá en un devorador de personas —dijo sorprendentemente.

* * *

Unos aterrados vecinos se llevaron los cuerpos de Mills y de Larson. En el despacho, Grogan se tiraba nerviosamente del labio inferior.

Cranstone deambulaba como alma en pena, sin saber qué hacer. Frente al restaurante, había numerosos corrillos de gente que comentaban lo sucedido.

Lane oyó frases hostiles todavía contra Edwina, a la que se culpaba de lo que había pasado. Pero esta vez, la gente no parecía tener intenciones de volver al cementerio.

—Tiene que permitir la exhumación de esas tumbas, doctor —dijo Lane—. Es preciso ver qué hay allí…

—Le avisaré cuando haya tomado una decisión, señor Lane —contestó el médico secamente.

Lane giró sobre sus talones y salió al comedor. Mary estaba junto a Mortenoo, quien parecía prodigar sus cuidados a la muchacha.

—El doctor Grogan no ha llegado todavía a una decisión —dijo Lane.

—Mañana hablaré yo con él —declaró Mortenoo—. Tiene que conocer el horrible peligro en que se encuentra esta población. Todos sus habitantes podrían acabar como esos desdichados que han muerto ya…, pero será mejor que nos sentemos. Por lo visto —añadió sonriendo—, perseguimos los mismos objetivos.

Lane acompañó a la muchacha hasta una silla. Luego fue a la estantería y trajo una botella y tres vasos.

—Hable, doctor Mortenoo —invitó momentos después.

—Leí en los periódicos lo que había sucedido aquí y me imaginé de dónde procedían estas desdichas. No obstante, estaba parcialmente equivocado; el conde Wegerhazy continúa aún en su residencia de Shields, Kansas.

—Ah, cree que Wegerhazy es el culpable de todo esto —dijo

Lane.

—Sin la menor duda. Y, además, ayudado por su fiel criado Janos Hortzely.

—¡Hortzely! —repitió el joven, asombrado—. Ha estado aquí, en Long Creek. Pero dijo que se llamaba John, doctor.

—Es lógico. John y Janos significan lo mismo —sonrió Mortenoo—. Estoy seguro de que Wegerhazy se siente perseguido y quiere esconderse en algún lugar donde no puedan encontrarle y, en cambio, él pueda satisfacer de cuando en cuando sus demoníacas necesidades de carne humana.

—Eso… eso es contagioso, ¿verdad? —dijo Mary con voz temblorosa.

—Sí, porque el horrible ser en que se transforma Wegerhazy para la comisión de sus actos de canibalismo, no pierde en esos momentos de un modo total su consciencia humana. Siempre procura dejar un mínimo fragmento del cuerpo de su víctima, a fin de que ésta, en lo sucesivo, se convierta igualmente en otro devorador de personas.

Lane tomó un sorbo de su vaso.

—Diríase que se trata de una nueva especie de vampirismo, doctor —observó.

—Así es, si bien yo lo calificaría mejor de supervampirismo. Un vampiro corriente sólo sorbe la sangre de sus víctimas, aunque les inocule el virus que, después de morir, las hace ser vampiros a su vez. En este caso, la persona atacada desaparece casi por completo.

—Pero Edwina no había sido devorada. Yo la vi, estaba con su figura normal, perfectamente consciente…, aunque también sabedora de su horrible desgracia.

—Sospecho que el conde le inoculó esa enfermedad de otra forma, tal vez con un pequeño mordisco, pero si lo hizo así, es porque la quería viva.

—¿Para qué? —preguntó Mary ingenuamente.

Mortenoo sonrió.

—Además de la necesidad de alimentarse con seres humanos, el conde, de quien es preciso decir es un hombre muy atractivo, tiene también otros sentimientos. Es probable que se enamorase de la señora Coogan y ésta de él, aunque luego la señora Coogan, al enterarse de la horrible verdad, se separase del conde. Ahora bien,

en estas condiciones, la propagación de la enfermedad del canibalismo, por llamarlo de una forma vulgar, no es tan rápida como en los casos sucedidos en Long Creek. Es muy posible que la incubación del virus haya durado años enteros, hasta que, al fin, la persona atacada, un día, siente la irresistible compulsión de devorar a un congénere. Entonces, se transforma en una célula gigantesca, con lo que la digestión se efectúa en un tiempo sorprendentemente corto.

—Lo cual quiere decir que Edwina, probablemente, sorprendió en alguna ocasión al conde devorando a una persona y, horrorizada, se marchó de su lado —dijo Lane—. Se vino a Long Creek y un buen día, se encontró a sí misma devorando a Mendoza.

—Más o menos, eso es lo que pudo ocurrir. Pero hay un remedio —sonrió Mortenoo.

—¿Cuál es el remedio? —quiso saber la muchacha.

—Una pistola cargada con balas de boj.

CAPÍTULO X

Lane casi saltó en su silla al oír aquella respuesta.

—Entonces, usted disparó contra Mills con…

—Exactamente —confirmó Mortenoo—. Mi pistola está cargada con balas de boj.

—Edwina lo sabía —murmuró el joven.

—Pero ¿qué tiene que ver el boj en todo esto? —Preguntó Mary —. ¿Por qué han de ser balas de boj y no de cualquier otra clase de madera?

—Mi querida señorita —dijo el forastero—, debe saber que los antiguos consideraban sagradas y mágicas ciertas especies de árboles, en torno a los cuales se congregaban muchas veces para sus ritos y ofrendas a sus dioses, actos que iban acompañados, por lo general, de cánticos y bailes. El mirto, el arrayán, el lentisco, el boj… esos árboles en general, solían ser considerados como sagrados y favorecedores de su relación con los dioses tutelares. Con la madera de esos árboles se hacían amuletos protectores… y hoy día, balas que acaban con la vida de los supervampiros.

—Edwina lo sabía —dijo Lane pensativamente.

—Es probable que el mismo conde se lo dijera, en algún momento de euforia amorosa. Incluso yo estaría por asegurar que Wegerhazy sabía que Edwina era ya un supervampiro como él, aunque claro está, la «enfermedad» no «estalló», sino hasta mucho tiempo después.

—Por eso ella quería que yo la matase con su propia pistola —murmuró el joven—. Edwina sabía que sólo una bala de boj podría poner fin a su existencia… y eso es lo que sucedió finalmente, cuando alguien disparó contra ella.

—Sí, pero ¿quién? —exclamó Mary.

—No pudo ser más que una persona: el propio conde, temeroso

de que Edwina divulgase su secreto. Es de suponer que ya había tenido noticias de lo que sucedía aquí. Debía de conocer a Edwina y supuso que ella querría acabar con su horrible situación. No le parecía mal, en cierto modo; lo que no quería era que Edwina le delatase.

—El conde o su criado —dijo Lane—. También pudo enviar a Hortzely a suprimir el peligro potencial que era Edwina viva.

—Todo está muy bien —dijo Mary—, pero usted, doctor Mortenoo, ¿cómo sabe tantas cosas sobre ese asunto?

Mortenoo sonrió de un modo extraño.

—Hace muchísimos años que me intereso por la fenomenología de los vampiros y de sus variedades, mucho más numerosas de lo que la gente cree. El caso de Wegerhazy es altamente definitorio al respecto.

—Pero él no nació aquí…

—No, nació en Hungría hace muchísimos años, tal vez trescientos. Se dice que si hizo un pacto con el diablo, que si era un alquimista notorio, que llegó a conseguir para sí la fórmula de la inmortalidad… Hay muchas versiones de lo que pasó, pero, en resumen, lo interesante es que Wegerhazy vive, es un peligro y hay que suprimirlo. Como también es preciso suprimir a sus víctimas.

—En este caso, ya sólo queda Foreman. Mills recibió una bala de boj y yo disparé contra Mendoza, «regenerado» a partir de los minúsculos restos orgánicos que quedaron en su prótesis de guerra. Claro que entonces no sabía que la pistola estaba cargada con balas de boj, pero el resultado es el mismo —dijo Lane.

—Tendremos que convencer a las autoridades de Long Creek para que autoricen la exhumación del cuerpo de Foreman. Cuando lo vean entero, se persuadirán de que decíamos la verdad.

—Nos costará mucho —dijo Mary con acento pesimista.

—Yo me encargaré de hablar con el alcalde, con Cranstone y con el doctor Grogan —dijo Mortenoo—. Me escucharán, se lo aseguro a ustedes.

Lane se estremeció de pronto.

—Wegerhazy quiere instalarse en Long Creek —dijo—. Envió a su criado a comprarme la casa que Edwina me dejó en herencia.

—Dejémosle que llegue —sonrió Mortenoo—. De este modo, podremos sorprenderle mejor, ¿no les parece?

—Desde luego —aprobó el joven—. Pero, dígame, doctor, usted que está tan enterado de la vida y fechorías del conde, ¿sabe cuándo llegó éste a nuestro país?

—Hace ya algunos años. Escapó de Hungría cuando presintió que su vida podría peligrar; allí hay más de una persona que podía relacionar ciertas muertes extrañas con el supervampirismo del conde. Janos, su fiel criado, se encargó de traerle aquí, porque, en ocasiones, si la comida le falta, el conde se siente muy débil y debe estar encerrado en algún sitio del que no pueda salir, hasta que Janos le avisa que hay comida en las inmediaciones. Entonces, el conde vive bajo la informe apariencia de una célula gigante.

—Y torna a su forma humana…

—Después de haber ingerido el alimento que necesita, aunque, cuando vuelve a sentir esa necesidad, se transforma en la célula que le permite la fácil digestión del cuerpo de su víctima. Yo no me habría enterado de nada, de no haber sido porque hace algunos años, leí la misteriosa desaparición de un agente de tráfico. Estudié el caso y llegué a la conclusión de que sólo un supervampiro podía haber hecho desaparecer al agente Denis Ealon, investigando, localicé al conde, pero éste había abandonado ya su última residencia.

—Y ahora no se sabe dónde está.

—No, pero ha de venir aquí. —Mortenoo, sonrió a la vez que se tocaba el bolsillo de su chaqueta—. Las balas de boj nos protegerán de él, créanme.

—Él conde quería comprar los terrenos de Falls View —dijo Lane.

—Probablemente, por vivir retirado de la gente —supuso Mortenoo—. Pero se habrá conformado con la casa de Hanlon Road. No es muy céntrica que digamos.

—En efecto —convino el joven—. Entonces, doctor, ¿se encargará usted de convencer a las autoridades de Long Creek para que desentierren el cuerpo de Foreman?

—Déjenlo de mi cuenta —contestó Mortenoo.

* * *

Lane y Mary se separaron poco después en el pasillo del hotel.

—Voy a visitar a Jeannie —dijo él.

Mary hizo un gesto de asentimiento. Lane se encaminó hacia la escalera que conducía a los pisos superiores.

Momentos después, llamaba a la puerta del cuarto de la camarera.

—Jeannie, soy yo, Clem Lane —dijo.

Instantes después Lane oía ruido de llave en upa cerradura. Jeannie, envuelta en una bata, abrió y le miró con ojos de temor.

—Perdóname, pero todavía tengo miedo…

—Es lógico —sonrió él—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. La enfermera ya se ha ido, por fortuna. Pero, dime, ¿es cierto que Mills salió de su tumba?

—Sí —contestó Lane con grave acento—. Salió de su tumba y mató a Joe Larson.

Jeannie se sentó en el borde de la cama y se tapó la cara con las manos.

—¡Qué horrible! —Exclamó—. Pero ¿cómo pueden ocurrir tales cosas hoy día, Clem?

—Sería muy largo de explicar y no es éste el momento, Jeannie. Lo único que puedo decirte es que vamos a tratar de hacer todo lo posible para evitar que se repitan esos hechos horribles. Quédate tranquila…

—No puedo dormir, Clem —gimió la camarera—. Cada vez que cierro los ojos, me veo a Foreman entrando por la puerta del restaurante…

—Calma, Jeannie, calma —rogó Lane—. Todo eso se ha pasado ya y vamos a procurar que no vuelva a suceder. Ahora métete en la cama de nuevo y procura dormir.

—Clem, tengo miedo.

Lane se mordió los labios. El sentimiento de Jeannie era muy natural, pensó. Pero ¿cómo tranquilizarla para que pudiera descansar y, al mismo tiempo, protegerla contra el eventual ataque de uno de los infernales súbditos del conde Wegerhazy?

De repente, se le ocurrió una idea.

—Jeannie, aguárdame aquí —dijo—. Pronto traeré algo que disipará todo tus temores.

Lane salió de la habitación, para volver media hora más tarde, con un palo corto, en uno de cuyos extremos había practicado un hueco para poder colocar una de las balas de boj, una vez extraída

del cartucho correspondiente. Para mayor seguridad, Lane había afilado todavía más la punta del proyectil.

—Escúchame bien, Jeannie —dijo—. Tú confías en mí, ¿no es eso?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—En ese caso, toma este amuleto. —Lane pensó que lo entendería mejor si mencionaba aquella palabra—. Caso de que alguno de esos monstruos intentase atacarte, atácale tú antes; pínchale con este palo, precisamente por la punta. No es preciso que le hieras gravemente ni siquiera que lo atravieses; bastará que claves en su carne la punta de este palo, ¿comprendes?

—¿Es… algo mágico? —preguntó Jeannie.

—Todo lo que sucede en Long Creek, en cierto modo, es mágico —contestó él gravemente—. Sabemos qué es, aunque no lo comprendamos totalmente, pero hay cosas que escapan al conocimiento de los simples mortales. No obstante, vamos a eliminar esa amenaza, te lo aseguro.

Jeannie tenía el palo en la mano. Su aspecto había variado; el temor había desaparecido de su rostro. Incluso sonreía.

—No sé por qué, pero ahora me siento mejor —dijo.

—Es el amuleto —sonrió él.

Lane se inclinó y la besó en una mejilla.

—Ciérrate con llave por dentro —se despidió.

—Gracias, Clem.

Lane volvió a su habitación y empezó a quitarse la ropa. Por fortuna, pensó, aún conservaba cinco cartuchos cargados con balas de boj en la culata de su pistola. Dejó el arma bajo la almohada, apagó la luz y pocos momentos después, dormía profundamente.

* * *

Lane y Mary desayunaron juntos. Ella confesó que había pasado mala noche.

—Apenas he pegado ojo —declaró.

—Estoy seguro de que habría dormido mejor, de haber contado con la protección de un amuleto idéntico al que le dejé a Jeannie —dijo él.

—¿Qué amuleto? —se extrañó la chica.

Lane le explicó lo que había hecho. Mary asintió con gesto

preocupado.

—La verdad, no soy supersticiosa, pero me sentiría mucho más tranquila si tuviera una de esas balas al alcance de mi mano —manifestó—. Pero no es necesario que me construya un venablo; con un palito de quince o veinte centímetros tendría más que suficiente.

—Una especie de puñal, ¿no es así?

—En efecto, Clem.

—Bien, lo haremos en cuanto hayamos terminado el desayuno. En mi casa, mejor…, bueno, en la casa que ya es del conde Wegerhazy.

Mary se estremeció.

—Va a venir a instalarse en Long Creek —dijo.

—Le aguardaremos y acabaremos de una vez con esa amenaza —afirmó Lane—. De paso, Mary, usted podrá elegir alguna de las cosas que hay en Hanlon Road y que le agraden de un modo especial, para llevárselo a su apartamento de Denver.

—Es una lástima tener que deshacer una casa tan bonita…

—Mary, yo agradezco en el alma el gesto que tuvo Edwina al regalarme esa casa, con todo lo que contiene, pero ella y yo diferíamos casi radicalmente en lo que se refiere a gustos sobre decoración. He visto algunos libros, un par de cuadros y poca cosa más. El resto lo venderé, después de que usted haya elegido lo que más le agrade.

Minutos más tarde, se encaminaban a Hanlon Road. Lane buscó un cuchillo y luego, en el cobertizo donde se guardaba la leña para la chimenea en el invierno, eligió un palo largo y delgado, que preparó de la forma adecuada. Finalmente, insertó el proyectil con la punta hacia afuera, lo afiló y se lo entregó a la muchacha.

—Llévelo siempre en el bolso y que el bolso no se separe de usted —aconsejó.

—Es curioso —dijo Mary—. No sé por qué, pero ahora me siento más tranquila. ¿Se debe, acaso, a las propiedades de mágica virtud del boj?

—Todo pudiera ser. Anoche le construí a Jeannie un arma parecida. Temblaba como un flan recién hecho. Apenas se la entregué, se sintió completamente tranquila.

Mary blandió el puñal de madera un par de veces y luego lo

guardó en el bolso.

—Clem, ¿qué le dirá a Hortzely cuando llegue? —preguntó.

—Nada, no quiero… levantar la liebre. Ni siquiera le preguntaré cuándo va a venir el conde. Simplemente, esperaremos a que llegue.

—¿Y entonces…?

Los ojos de Lane brillaron de un modo extraño.

—Bastará con una sola bala —contestó—. Me sentiré feliz, vengando el daño que hizo a una mujer a la cual amé en tiempos y a quien todavía estimaba muchísimo.

Mary asintió comprensivamente. De pronto, se oyó una voz en la puerta:

—¿Molesto?

Los dos jóvenes se volvieron. El doctor Mortenoo, con el sombrero en la mano, sonreía bajo el dintel de la entrada.

—En absoluto, doctor —contestó Lane—. Entre, se lo ruego.

Mortenoo avanzó algunos pasos.

—Ya está solucionado —dijo.

—¿Qué es lo que está solucionado? —preguntó Lane.

—El asunto de la exhumación de las tumbas. Lo haremos a la noche —contestó Mortenoo.

—¿Por qué a la noche? —Se extrañó Mary—. ¿No cree que la cosa resultaría más sencilla si se hiciera a plena luz del día?

—Verá, señorita… Convencer a unos tipos reacios como son el alcalde, el jefe de policía, y el doctor Grogan no ha resultado fácil. Prácticamente, se puede decir que sólo han accedido cuando les dije que lo haríamos por la noche, a fin de evitar publicidad. ¿Lo entienden ahora?

—Sí —contestó Lane—. ¿Qué hora, doctor?

—Después de cenar, las nueve o nueve y media. Cranstone se encargará de reclutar un par de voluntarios para que se ocupen de los trabajos puramente manuales.

—¿Y usted…?

Mortenoo sonrió, a la vez que se tocaba el lado izquierdo del pecho.

—Tengo una pistola con balas de boj —contestó—. Asistirán ustedes, supongo.

—No faltaremos —prometió Lane.

—Acabaremos con la amenaza —aseguró Mortenoo—. Y

también con el conde, cuando llegue a Long Creek.

—¿Cree que vendrá, doctor? —preguntó Mary.

—No cabe la menor duda —se despidió Mortenoo.

Lane y Mary quedaron a solas nuevamente. Después de unos momentos de silencio, Lane cogió a la muchacha por un brazo.

—Bien, vamos a ver qué hay en la casa que pueda agradarle —sonrió—. En cuanto haya hecho su selección buscaremos una agencia de transporte para que se lo lleve a su casa de Denver.

CAPÍTULO XI

El ruido de las palas sonaba monótona y rítmicamente. Dos o tres hombres sostenían sendas lámparas eléctricas de gran potencia. En la penumbra, Lane observaba a los asistentes.

Grogan parecía nervioso, como si le disgustase haber accedido a algo que creía producto de una simple superstición. Cranstone farfullaba casi continuamente frases ininteligibles. En cuanto al alcalde, un tipo de aspecto vulgar, parecía muy interesado por lo que sucedía en la tumba de Jim Foreman.

Mortenoo se hallaba en primera fila. Una vez se quitó las gafas. Lane apreció que, vestido de otra forma menos ridícula, podría resultar incluso un tipo atractivo para las mujeres.

De repente, una de las palas tocó algo que produjo ruido a hueco.

—Ah, ya hemos llegado al ataúd —dijo Mortenoo, a la vez que adelantaba el torso—. Por favor, amigos, quiten la tierra y levanten la tapa.

Los trabajadores se negaron rotundamente.

—Nosotros ya hemos hecho bastante —dijo uno de ellos.

—No queremos tratos con el diablo —agregó el otro, a la vez que salía fuera de la excavación y tiraba su pala a un lado.

Lane se acercó al borde de la tumba.

—Yo le ayudaré, doctor —se ofreció.

—Gracias, amigo mío —sonrió Mortenoo—. En realidad, Foreman es el único peligroso. Los demás, merced a la diligencia y al valor del señor Lane, ya no son sino un mal recuerdo en la mente de las personas que viven aquí. Nunca harán daño a nadie.

El doctor Grogan abrió su maletín y sacó unas compresas empapadas en desinfectante.

—Cúbranse la nariz y la boca —recomendó—. Foreman murió

hace ya cuatro semanas. Su cuerpo hederá…

—No —contradijo Mortenoo con firmeza.

Lane empezó a apartar la tierra que aún había sobre la tapa del ataúd. Cuando estuvo limpia, descorrió los cerrojos.

Reinaba un silencio absoluto. Mary contemplaba la operación con el seno palpitante por la tensión que se había adueñado de su ánimo. De repente, sin saber cómo, se encontró oprimiendo con mano nerviosa el puñal rematado en una punta de madera de boj. Casi se sintió ridícula, pero no por ello volvió el arma al bolso.

La tapa chirrió al girar sobre sus bisagras. Un grito de asombro brotó a la vez de casi todas las gargantas de los presentes.

Foreman yacía en su ataúd, con las manos sobre el pecho y un aspecto enteramente natural, como si estuviera durmiendo. Grogan lo vio y la estupefacción le hizo perder la compresa que se sujetaba con una mano contra la cara.

Había un color suave en las mejillas del muerto, casi rosado, sin el tono verdoso que todos habían esperado ver. Su cuerpo aparecía lleno, con la misma complexión que había tenido en vida, absolutamente distinto del cuerpo espectral que había visto Jeannie. Lane lo vio también y comprendió que el ser que tenía ante sus ojos no estaba muerto, aunque tampoco vivo, en aquellos momentos, por lo menos. Pero en cualquier instante podría volver a la vida y…

—Apártese, Lane… —Sonó de pronto la voz de Mortenoo.

Lane saltó fuera de la tumba. Mortenoo apuntó con la pistola hacia el cuerpo de Foreman.

—No sé si debo permitirlo… —dudó Cranstone.

—¿Considera un ultraje disparar contra una bestia dañina, jefe? —preguntó Mortenoo irónicamente.

—Me siento asombrado, ésta es la verdad —confesó Cranstone —. Ese cadáver debería estar descompuesto, tendría que apestar…

—Parece que esté simplemente dormido —observó Grogan.

—En cierto modo, así es —confirmó Mortenoo—. Foreman duerme. Un día volverá a sentir la tentación de alimentarse y saldrá de su tumba para buscar comida. Pero nosotros lo vamos a evitar.

La pistola chasqueó. Lane pudo ver claramente el orificio del proyectil en el pecho de Foreman.

—Ya está —dijo Mortenoo.

De repente, las manos del cadáver se movieron, deslizándose a

los costados. Los operarios huyeron, lanzando chillidos de pánico. El alcalde les siguió unos segundos después.

Cranstone retrocedió. Un espantoso hedor invadió la atmósfera.

Lane contempló atónito la fantástica transformación que se operaba en el cuerpo de Foreman. En menos de un minuto, aquel cuerpo se corrompió, se transformó en una hedionda masa de carne absolutamente podrida, cuya forma apenas si recordaba la del hombre que había sido en vida. Mary corrió para apoderarse de una compresa con desinfectante caída en el suelo.

De repente, se oyó un ruido seco.

La tapa del féretro, impulsada por el pie de Mortenoo, acababa de caer. Aquella horrible visión desapareció de los ojos de los presentes.

—Por fin, Foreman descansa en paz —dijo Mortenoo.

Lane hizo un signo de asentimiento. Empuñó una pala y comenzó a lanzar tierra sobre el ataúd.

Grogan y Cranstone se marcharon. Mortenoo ayudó al joven. Cuando la tierra hubo vuelto a su sitio, se limpió las manos con un pañuelo y miró sonriente a la pareja.

—Ahora sólo nos falta esperar la llegada del conde —dijo.

Lane asintió. Mary tiró de él.

—Vámonos, Clem —suplicó.

—Aguarda un momento, por favor.

Lane se alumbró con la lámpara para llegar hasta la tumba de Edwina. Mary adivinó los sentimientos del joven y se le acercó discretamente.

Los labios de Lane se movieron en un casi silencioso bisbiseo. Mary se dio cuenta de que rezaba por Edwina. De pronto, vio algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro:

—¡Mira, Clem!

La lámpara alumbró una florecilla silvestre que había crecido en la cabecera de la tumba. Lane sintió un extraño contento al ver la diminuta campánula de color azulado.

—Edwina ya es feliz en la otra vida —murmuró.

Mary hizo un gesto de aquiescencia. De pronto, sintió que la mano libre del joven se apoderaba de una de las suyas.

—Volvamos, Mary —dijo él.

—Sí, Clem.

También ella se sentía extrañamente contenta de notar el contacto de la mano de Lane en la suya. No hubiera podido definir sus sentimientos en aquellos momentos, pero le pareció que podía confiar en el futuro.

* * *

Jeannie les sirvió el desayuno a la mañana siguiente.

—Ya estoy bien —anunció la camarera.

—Lo celebro infinito —dijo Lane.

—Puede que deje el empleo —continuó Jeannie—. Me han ofrecido otro mejor, más descansado, incluso de mayor categoría y, por supuesto, con una buena paga, casi el doble de lo que cobro aquí. Ah, y no tendré que aguantar las bromas de algunos idiotas… ni los pellizcos de ese sátiro con una estrella en la camisa.

—Se refiere a Cranstone, sin duda —sonrió Mary.

—Claro, ¿de quién otro podría hablar?

—Jeannie, ¿adónde vas a ir a trabajar? —preguntó Lane.

—Seré el ama de llaves de Hanlon Road —contestó la camarera orgullosamente.

Lane se quedó estupefacto.

—¡Jeannie! —exclamó.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —sonrió ella—. Clem, no puedo desperdiciar esa oportunidad.

—¿Quién te ha ofrecido el empleo? —inquirió Lane.

—Un tal Hortzely. Me ha dicho que es el mayordomo de un conde extranjero… Figúrate, yo ama de llaves de un aristócrata… Sí, seré una sirviente distinguida, pero más de una se morirá de envidia al verme. Me pondré un traje negro, largo, con cuello y puños blancos, como salen todas las amas de llave en las películas de misterio… y hasta me compraré un gran collar, aunque sea solamente chapado en oro…

Jeannie se marchó, sumamente contenta de su nuevo empleo. Lane y Mary se sentían consternados.

—Esa pobre mujer no sabe que le espera una suerte horrible —dijo la chica.

—Hortzely está de nuevo en Long Creek —murmuró él—. Y eso significa que el conde está a punto de llegar.

—Clem, ¿crees que sería interesante hablar con el criado?

—No me cabe la menor duda, Mary.

—Pero no sabemos dónde está…

Lane sonrió.

—En estos momentos, apostaría algo bueno a que sólo puede estar en un sitio —dijo.

—Pero si no tiene llaves…

—¿Importa eso mucho a quien colabora en crímenes infinitamente más graves que romper el cristal de una ventana o forzar una puerta?

—Tienes razón —convino ella—. ¿Vamos, Clem?

Momentos después, el coche salía disparado hacia Hanlon Road. Al llegar a la casa, Lane saltó del vehículo y corrió hacia la puerta.

—¡Hortzely! —gritó apenas hubo abierto.

El criado apareció por la puerta que conducía a las habitaciones del servicio, secándose las manos con un paño. Estaba en mangas de chaleco y tenía puesto un delantal de peto.

—¿Señor Lane? —dijo.

—¿Qué hace usted en esta casa? —preguntó el joven.

—Creo recordar un acuerdo sobre su venta —respondió Hortzely, impasible—. El abogado Anders me dejó un duplicado de la llave de la puerta principal, puesto que está enterado de que usted accede a vender la casa. Naturalmente, yo estoy repasando un poco las habitaciones, los muebles…

—Para que el conde lo encuentre todo en orden cuando llegue, ¿no es así, John? ¿O prefiere que le llame Janos?

—El nombre es lo de menos, señor.

—Entonces, usted admite que el conde Wegerhazy es el nuevo propietario de la casa. Mejor dicho, lo será cuando se hayan firmado los documentos pertinentes y yo haya percibido la cantidad acordada.

—Son detalles sin importancia, señor.

—¿Cuándo llega el conde? —intervino Mary.

—No lo sé. Él es muy independiente. Llegará cuando mejor le parezca, señorita.

—Janos, usted ha contratado los servicios de Jeannie Hawton como ama de llaves —dijo Lane.

—Es cierto, señor —admitió Hortzely, sin abandonar su impasibilidad habitual.

—Seamos sinceros —sonrió Lane—. ¿Cree que Jeannie agradará al conde? Por lo que yo sé, es hombre de gustos… algo más refinados. Basta, para ello, acordarse de la señora Coogan.

—Sólo he contratado un ama de llaves, señor —dijo Hortzely significativamente.

Lane estuvo tentado de decir algo gordo, pero contuvo a tiempo las frases que estaban a punto de brotar de sus labios.

—Siga con su trabajo, Janos —dijo—. Pero no olvide que hay cosas que me pertenecen y que no están incluidas en el trato.

—El señor puede venir cuando guste a llevarse todo lo que desee —contestó Hortzely.

Lane agarró a la muchacha y tiró de ella.

—Vámonos, Mary —rezongó.

Una vez fuera, ella le miró inquisitivamente.

—Clem, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Sólo nos queda un recurso: esperar —contestó él con sombrío acento.

CAPÍTULO XII

Lane durmió mal aquella noche. Se despertó con frecuencia, acosado por extrañas pesadillas. Por otra parte, presentía que estaba a punto de hallar la verdad, pero no encontraba el modo de dar con la solución que le permitiese acabar de una vez con aquel espantoso problema.

El conde iba a venir a Long Creek. Todos los atacados por aquella horrible enfermedad estaban muertos. Ya no saldrían de sus tumbas para ir a causar nuevas víctimas. Long Creek volvería a la tranquilidad… hasta que el diabólico Wegerhazy necesitase comida de nuevo.

Entonces, se transformaría en aquella horrible célula, aquel horripilante fagocito, que le permitía satisfacer sus ansias y que, al mismo tiempo, propagaba la enfermedad, convirtiendo en no-muertos a los que habían sido sus víctimas.

Long Creek acabaría convirtiéndose en un pueblo de caníbales.

Al fin, el sueño hizo presa en su cerebro y se durmió profundamente.

Cuando despertó, eran casi las diez de la mañana. Enervado, fue a la ducha. El agua fría le tonificó considerablemente. Mary sabría disculparle, se dijo.

Poco después, bajó al restaurante. Jeannie le miró sarcásticamente.

—Se te han pegado las sábanas —dijo.

—Un poco —confesó él—. ¿Has visto a Mary?

—Desayunó y salió a dar un paseo. Por cierto, la vi hablar con el hombre que me contrató… Pero tuve que atender a los clientes y ya no sé más de ella.

—Está bien, tráeme un poco de café bien cargado solamente. ¿Tienes ahí algún periódico?

—Sí, ahora mismo te lo traigo.

Mientras tomaba el café a sorbos, recorrió con la vista los principales titulares del Denver Courier. En la página de sucesos encontró una noticia que le llenó de asombro:

> «Topeka, Kansas. La policía ha conseguido, por fin, establecer la identidad del cadáver aparecido días atrás en un campo solitario, en las inmediaciones de la autopista del sudoeste. Los restos pertenecen al doctor Ewin Mortenoo, hombre, según sus manifestaciones, especializado en psicología y ciencias parapsicologías, y también aficionado a las histerias y leyendas sobre vampiros y seres fantásticos, del que se decía que, en este aspecto, era un verdadero especialista. La víctima había desaparecido de su domicilio hace cuatro semanas y sólo fue una después de su desaparición cuando se encontró el cadáver…».

Lane sintió que la cabeza le daba vueltas.

Si el muerto era Mortenoo, ¿quién era, entonces, la persona que había tomado su identidad?

La respuesta sólo podía ser una: el supuesto Mortenoo era, en realidad, el conde István Wegerhazy.

Mary había sido vista hablando con el criado. ¿Acaso buscaba Hortzely una presa apetitosa para su amo?

La idea de que, en lo sucesivo, Mary necesitase carne humana solamente para sobrevivir, se le hizo repentinamente insoportable.

Tenía que evitarlo, se dijo. Y en el bolsillo de la cadera estaba el remedio.

La puerta de la casa estaba abierta, Una voz sarcástica acogió la presencia de Lane en el umbral:

—Pase, pase, amigo mío. Estaba aguardándole.

Lane avanzó unos pasos. Mary estaba allí, rígida, sentada en una silla, con las manos sobre el bolso situado en su regazo y los ojos fijos en un punto indeterminado. Parecía hipnotizada.

Wegerhazy estaba en pie, sonriendo con una expresión de triunfo. Ahora le pareció a Lane un verdadero demonio.

—Al fin ha llegado usted a la verdad —dijo—. Lástima que sea un poco tarde.

—¿Lo cree así, conde?

Wegerhazy señaló hacia la muchacha.

—Ella será mía, será la pareja que pudo haber sido Edwina Coogan, la pareja ideal para un hombre inmortal —exclamó.

—¿Ya la ha… contagiado?

—Todavía no. De momento, sólo está bajo una ligera sugestión hipnótica. Tiene un carácter muy fuerte, todo hay que decirlo; pero acabará cediendo.

—Lo supo hacer muy bien, conde. Sólo usted podía saber tantas cosas acerca de… usted mismo.

—Fue divertido, ¿verdad? Pero quería asegurarme de que todo marcharía bien aquí; quería estar seguro de que la gente no desconfiaría de mí en lo sucesivo. La verdad, Mortenoo me hizo la vida imposible en los últimos años. Me perseguía por todas partes, aniquilaba a mis víctimas con sus famosas balas de boj… En fin, no tuve más remedio que aniquilar a mi perseguidor. Usted está ya enterado de ello, me imagino.

—Sí —contestó Lane—. Ciertamente, soy un tonto. Debí darme cuenta de la impostura el primer día.

—¿Cometí algún desliz? —Las cejas del conde se arquearon.

—Dijo que la casa de Hanlon Road estaba un tanto aislada. Si era recién llegado a Long Creek, ¿cómo podía saberlo? Y, por otra parte, sólo el propio Wegerhazy podía saber que Edwina fue contagiada por una simple mordedura, lo que hizo que la enfermedad no se declarase sino hasta después de algunos años, en lugar de activarse casi instantáneamente, como sucedía en los otros casos.

—Uno no puede estar en todo —rió Wegerhazy.

—Así parece. Edwina, seguro, le vio en alguna ocasión devorando a una de sus víctimas.

—Fue un descuido lamentable. Ella estaba enamorada de mí, lo confieso, pero lo que vio provocó su fuga. Me costó tres años localizarla…

—Y llegó a tiempo de matarla, para que no le delatase.

—Sí. Ella no hubiera vuelto a mí, pese a todo. Además, quería morir. ¿Por qué no complacerla?

—Conde, ¿por qué quería usted las tierras de Falls View? —preguntó Lane.

—Me pareció, en un principio, un lugar agradable para mi residencia. Janos se encargó de las gestiones. Primero habló con Cranstone, quien se prestó a ser intermediario, pero cometió el error de ofrecer una ridiculez, debido a su codicia. Pero cuando Edwina murió, aquel lugar dejó de interesarme.

—B. Smith no se presentó con una copia de la carta escrita a Anders.

—Ya no era necesario, señor Lane.

—Ya lo veo. Una pregunta, conde, sólo mera curiosidad. ¿Qué tiempo deja usted pasar entre… víctima y víctima?

—Depende, meses, en ocasiones. Y no siempre dejo rastros; a veces me conviene que la víctima no propague mis… habilidades.

—A Mary la contagiará.

—Sí.

—¿Es cierto que nació usted hace tres siglos, conde?

—Rigurosamente cierto.

—Esos poderes que tiene, ¿le fueron conferidos por su afición a la alquimia?

—En parte, sí; pero en parte, alguien me ayudó.

—¿Quién, si puedo saberlo?

—El diablo.

Lane miró a su interlocutor con ojos de pasmo.

—Oiga, no irá a decirme que…

Wegerhazy lanzó una fuerte risotada.

—Así es, amigo mío, por increíble que le parezca —contestó—. Vendí mi alma al diablo, a cambio de la inmortalidad, pero con una condición: sólo una herida causada con un trozo de madera de boj podría matarme. Esa misma madera destruía a los seres a quienes yo había contagiado de la enfermedad del canibalismo.

—Creo que voy comprendiendo. Pero usted olvida que yo tengo una pistola cargada con balas de boj. O quizá no lo sabe —dijo el joven, a la vez que sacaba el arma.

—No se moleste, Clem; esa pistola está descargada.

Hubo un momento de silencio. Wegerhazy lanzó una risita.

—Compruébelo, por favor —dijo—. Janos fue a su habitación, cuando dormía, y quitó todas las balas.

Lane sacó el cargador.

—¡Vacío! —exclamó.

Wegerhazy hizo saltar las balas en la palma de su mano.

—Janos me obedece ciegamente. Incluso para matarle a usted. ¡Janos! —llamó Wegerhazy.

El criado se presentó en el acto.

—¿Señor?

—Ese hombre me estorba.

—Sí, señor.

Wegerhazy volvió a reír.

—Yo le debo el alma, pero hasta que no se la lleve, él me obedece ciegamente —dijo—. ¡Janos, mata al señor Lane!

—Sí, señor.

El criado sacó una pistola. Lane se vio muerto.

Súbitamente, se oyó un grito agudísimo.

Mary se levantó de un salto. Wegerhazy se volvió, sorprendido.

La muchacha tenía en la mano el puñal con punta de boj. El conde extendió los brazos, pero no consiguió evitar que la punta de madera rasgase la piel de uña de sus manos.

Un horripilante alarido brotó de su garganta. Tras descargar el golpe, Mary cayó al suelo desmayada.

Janos bajó la pistola, Lane contemplaba estupefacto la horrible transformación que se producía en el cuerpo de Wegerhazy.

Primero se hizo un hombre infinitamente viejo. Luego, con cierta rapidez, se convirtió en un informe montón de carne, sobre el que sus ropas se agitaban con violentas sacudidas.

Luego, aquella masa de carne se hizo mucho más pequeña, un pequeño montoncito de materia orgánica, que no tenía nada que ver con un ser humano. Al cabo de unos minutos, la cosa dejó de moverse.

Lane corrió hacia la muchacha y la levantó en brazos. Janos había desaparecido, pero volvió a los pocos momentos con un saquito de plástico y una pequeña pala.

Impasible, recogió la bola de sustancia orgánica y la puso dentro del saco. Luego miró sonriente a Lane.

—Sí, soy un demonio —dijo—. He permanecido trescientos años al lado de uno que quiso ser más que un hombre y ahora no es sino un poco de materia putrefacta. Pero los tratos son los tratos y me corresponde llevarme su alma.

Atónito, Lane no pudo despegar los labios. Janos dio unos pasos

hacia la puerta que conducía hacia la cocina, pero, de pronto, se volvió.

—Es peligroso hacer tratos con el diablo —dijo, a guisa de despedida.

Lane seguía con los pies clavados al suelo. Momentos después, le pareció oír un ruido sordo, como si alguien arrojara un pesado bulto a un pozo profundísimo.

La casa trepidó ligeramente. Luego, todo volvió a la normalidad.

Lentamente, Lane caminó hacia la puerta. Mary empezó a volver de su desmayo.

—Clem… —llamó.

—Estoy aquí, no temas.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Lo vi entre sueños… Querían matarte… No podía permitirlo, Clem. Una fuerza irresistible me hizo saltar de mi silla y…

—Por favor, no hables más, todo ha pasado ya.

Salieron al sol. Mary pasó los brazos en torno al cuello del joven.

—Clem, no me dejes —rogó.

Lane asintió.

—Estarás siempre conmigo —prometió.

Sus ojos fueron hacia la distante colina donde yacía una mujer desgraciada. Le pareció oír en su cerebro una voz lejanísima que le daba las eradas por lo que había hecho.

Y entonces supo que había llegado al final de aquel horrible camino. Ya no había sombras de temor, sino luz de esperanza en las vidas de los dos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.